SEÑORES:

Si el voto de sinceridad es la condicion primera que la historia impone al que la ama y aspira á su dulce trato, mi primer deber sin duda al acudir hoy reclamando de vuestra benignidad el honroso puesto que os habeis dignado reservarme, será la ingénua y esplícita confesion de mi insuficiencia para las asíduas y trabajosas investigaciones que constituyen la ocupacion principal de vuestro Instituto. Solo por evitar la censura de cobarde, hoy como nunca deshonrosa en nuestra patria, no he renunciado la distincion con que generosos me brindásteis. En esta situacion de ánimo, pues, tan singular é inesplicable, colmado mi corazon de júbilo y gratitud por el honor obtenido, y lleno de temor al mismo tiempo considerando mi poca idoneidad para sacar á luz noticias recónditas y acaudalar hechos; sin mas dotes que me asemejen á vosotros, dignos cultivadores de la mas agradecida ciencia, que la veracidad y la lealtad;

vengo á tributar el justo homenage que prescriben los Estatutos de esta Real Academia, depositando en vuestras manos amigas la pobre ofrenda de mi amor á los nobles estudios y á las altas enseñanzas de que os nutrís.

Pero ¿sobre qué asunto podré yo discurrir, que proporcionado á mi escasa erudicion, interese al propio tiempo el ánimo de esta docta Academia, cuando tanto deben preocupar á sus esclarecidos individuos en sus habituales tareas, ya especulativas, ya de gobierno, ya de accion ó ya de consejo, las grandes cuestiones sociales que agitan al mundo? ¿Qué podré decir de útil á la estudiosa juventud, esperanza de la patria, que se digna escucharme, cuando estimulada por su sed de ciencia, casi puede decirse que todo lo ha aprendido, de los maestros, de los libros, y hasta de los periódicos, y todo fructuosamente lo discute, en los periódicos, en los libros y con los maestros?

Cuando por tradiciones de familia y casi por consagracion congénita debiera yo haberme considerado oblato del templo de las Musas y obligado al servicio de estas divinidades, un secreto impulso, no menos imperioso que ésa temprana dedicacion, me llevaba á meditar sobre el destino del arte en las humanas sociedades, y sobre su fisonomía religiosa en España, manifiesta en tantos monumentos que son grandiosa huella de las robustas creencias de nuestros mayores; y al advertir la triste condicion del arte fascinador de nuestro siglo, asombroso en sus medios de accion, pero convertido en abyecto ministro del deleite, no sintiéndome capaz de hacer nada bueno en la luminosa senda de la protesta espiritualista, arrojé el heredado pincel, instru-

mento ya inútil en mis manos, y siguiendo pautas de elevada tendencia que hallé entre vosotros mismos, me dí de lleno al estudio de las obras estéticas en su significacion histórica y social.

Pero hay una fuente que nunca se agota, y es la del saber; hay un camino que nunca concluye, y es el que guia al hombre al conocimiento de su sér y de su destino; hay horizontes donde siempre se descubren cosas nuevas, y son los de la historia. La historia en efecto es como el cuadro de un gran artista, en que cada pintor segun su modo peculiar de ver y de sentir descubre nuevas enseñanzas; y si bien es cierto que las naciones no quieren sacar mas fruto de los escarmientos de su pasado que la inexperta juventud de los ejemplos de los mayores, paréceme que el conocimiento filosófico de nuestra historia, ya que no preste la grande utilidad que debiera prestar, puede al menos ayudarnos á descubrir en medio del caos actual de todos los principios y de todas las escuelas, el norte señalado por la Providencia á la sociedad española y las leyes peculiares de su desarrollo.

Sea este, pues, el tema de mi discurso: asistidme con vuestra benévola atencion mientras expongo á mi manera los caractéres de la civilizacion de España, estudiándolos desde sus mismos orígenes, y sírvame de justificacion el rigor de la buena lógica si luego por ventura, y fuera de este ámbito, deducen de este análisis los políticos y los moralistas que condena las tendencias de nuestra sociedad porque camina fuera de rumbo, dirigiéndose hácia el objeto que debia huir y huyendo del fin á que debia aspirar.

La atmósfera de fuego en que vivimos anuncia una tormenta decisiva como fin de todos los humanos delirios: la criatura racional parece como que está dedicada á epilogar sus actos sobre la tierra recordando en promiscua aglomeracion todo lo bueno y lo malo que ha arrojado de su cerebro. Como término y resúmen de la secular tarea que la filosofía y la política han estado llevando á cabo desde sus primeras protestas contra la autoridad, discierno en el campo de la historia universal la formacion de dos grandes es cuelas, la de los hijos de Jesucristo y la de los satisfechos esclavos de Epicuro. Las sectas antes subdivididas y estérilmente ocupadas en una lucha intestina sin resultado práctico en la generalidad de las naciones, se han replegado hácia sus respectivos orígenes, espiritualismo y materialismo, como para fiar á un encuentro supremo la suerte del universo. Las naciones, en su porcion mas activa, solo tienen hoy un credo y una aspiracion: *enriquecerse*, *gozar* y *predominar:* en último resultado, *el placer*. Los gobiernos buscan el placer y lastiman á los pueblos en nombre de una filosofía enteramente pagana; en nombre de la misma filosofía buscan los pueblos el placer y se levantan contra los gobiernos: y así la humanidad no sale del círculo vicioso trazado por su obstinacion y su ceguera. Diríase que el cristianismo se arruina antes de haberse puesto en práctica en el universo.

Yo, Señores, proclamando en union con otras voces mucho mas autorizadas que la mia, que la suma de placeres no basta para hacer civilizado á un pueblo, ni es mision suficiente para las naciones; al recorrer con la imaginacion

esos paises donde tantos prodigios realizan la industria, las ciencias físicas, la arquitectura, la pintura y la estatuaria, y donde al propio tiempo se engendran las doctrinas que declaran la propiedad un robo, y los hechos consumados fuente del derecho; al comparar la próspera suerte de esas naciones en la senda de los intereses materiales y de los goces con el tardo y mal seguro andar de nuestra fortuna por esos carriles; me consuelo pensando que los paises mas civilizados no son los que ostentan mas suntuosos palacios, mas ricos museos, ciudades con mas jardines y mas estátuas, mas líneas de vias férreas, mas manufacturas y mercados, mas movimiento en los puertos, mayor número de buques en los mares y mas vistosas haces en los campamentos, sino las que mejor saben comprender y cumplir su destino en el mundo, que no es otro que contribuir con sus especiales medios á establecer y consolidar en la humana familia el reino de la eterna Verdad y de la eterna Justicia. Con toda esa prosperidad y grandeza pueden coexistir el libertinage, la impiedad, la tiranía.

Despréndese del estudio de la clásica antigüedad un hecho altamente significativo y que debe servirnos de escarmiento siempre que una alucinacion peligrosa nos haga deplorar que no hayan producido las dinastías españolas Augustos y Médicis, ni el arte español Praxiteles y Parrasios, Poggios y Aretinos. En los tiempos en que mas levantada aparece la humana dignidad, revisten las creaciones de la inteligencia, si es lícito expresarlo así, una especie de sequedad sobrenatural y sublime, y no se muestra émula risueña y seductora de la naturaleza hasta que los co–

razones y los entendimientos se prostituyen. Acompaña la corrupcion al naturalismo como la sombra al cuerpo, y el arte y la sensualidad de los siglos de Alejandro y de Augusto se divisan en la tenebrosa noche del paganismo estrechamente unidos y castigados por un mismo hierro, como aquella lacrimosa y enamorada pareja de Paolo y Francesca que susurraba al oido del Dante con triste ternura la terrible leccion sobre el amor impuro:

Amor condusse noi ad una morte.

Bien sabeis, Señores, que no exagero al afirmar que en todas las naciones, así en el mundo antiguo como en el moderno, la excesiva perfeccion de la forma consagrada al deleite coincide siempre con la depresion del sentido moral. Permitidme la prueba en una breve excursion á la antigüedad clásica: el resúmen lógico de nuestro rápido análisis me servirá al mismo tiempo como de base para plantear mi tésis sobre la civilizacion de España. Procuraré no salir del terreno sólido de los hechos.

Ni el Caldeo, ni el Ninivita, ni el Egipcio, ni el Indio, ni el Persa, ni el Griego primitivo ó Pelasgo, ni el Fenicio, ni el Etrusco, ni el Romano, mientras conservan cierta pureza de costumbres, conceden hospitalidad á las Musas mas que como servidoras de los dioses ó como vestales del culto de la patria. Ni las historias nos señalan, ni las investigaciones arqueológicas nos descubren un solo monumento artístico de los tiempos anteriores al siglo de Alejandro, que no sea un ídolo, ó un mito, ó el recuerdo de algun sacrificio, ó de una ofrenda, ó de una victoria, en

una palabra, un objeto cualquiera de la religion de los dioses ó de los héroes. Hay que acercarse al umbral formidable del cuarto siglo antes de Jesucristo, al tiempo en que aquel conquistador, el mas grande entre todos los autócratas del antiguo hemisferio, funde en una sola por su omnipotente voluntad, ó mas bien por providencial designio, las dos culturas de Asia y Grecia, para hallar las primeras obras en que el arte y la literatura, emancipadas de sus antiguas y legítimas señoras y maestras la religion y la patria, se despojan de su corteza austera, casta y simbólica, y se hacen francamente naturalistas.

Tres sicronismos no mas, pero harto elocuentes, voy á poner en parangon con la esplendorosa apoteosis del naturalismo griego. En el siglo de Alejandro viene al mundo Epicuro, que niega la inmortalidad del alma y la Providencia, y proclama el deleite único bien á que debe aspirar el hombre. Bajo los auspicios de Alejandro nace Alejandría, y sirve el *Museo* de fundamento á la famosa escuela que lleva el nombre de la gran ciudad egipcia: amalgama ecléctica de ruinas donde van á figurar en breve reliquias del Pórtico, de la Academia, del Peripato, y hasta del deshecho tonel del Cínico: maridage monstruoso, tálamo de opuestas filosofías y tumba de la razon donde van á sepultarse todas las grandes verdades primordiales que sirven de lumbrera á la humanidad en su largo y deshecho naufragio. En el siglo de Alejandro, por último, levanta á la luz del dia su osada frente el sofista Evhemero, que suprime de una plumada todas las divinidades de los Helenos, y demuestra á la faz del mundo, ya familiarizado con el escándalo y

risueño, que Júpiter y su regalona comitiva fueron meramente criaturas humanas deificadas por la candorosa credulidad de los mortales. Y los sabios de la época aceptan con aplauso la conclusion del filósofo de que el culto de los dioses es una insigne necedad.

Si estos principios no hubieran salido de la esfera de la filosofía, se habria realizado un verdadero prodigio. Merecen notarse sus consecuencias en la vida práctica. Asia y Grecia, abrazadas, acaban por dejarse morir en una inmensa orgía, y en todos los centros de la cultura greco-asiática, en torno del templo de Astarte, en los misteriosos santuarios de Eleusis, bajo el ara de Cibeles, en Chipre, en Argos, en Siracusa, en la Arabia y en la India; ya festejando á Baco, ya celebrando al Sol; en los frontones de los templos, en las procesiones públicas, en el secreto del hogar doméstico y entre la pompa de las ceremonias nacionales; lo que descuella y sirve de norte al pueblo, ébrio de liviandades y saturado de ignominia, es la prostitucion de ambos sexos y de todas las edades, son las imágenes y representaciones inverecundas, y todo lo mas abyecto que la imaginacion puede concebir perdido por completo el natural pudor.

Hagamos ahora el viaje mas apetecido de los hombres de buen gusto en la antigüedad: crucemos los mares Jonio y Tirreno. Pero elijamos las épocas de mas cultura y mas placeres: pasemos del siglo de Alejandro al siglo de Augusto, en que ya rueda hecho pedazos el viejo simulacro de Marte teñido de cinabrio.

Visitemos la fastuosa corte palatina. ¿Quiénes rodean al

árbitro del mundo? El melancólico y voluptuoso Tibulo; Propercio, el imitador de Calímaco; Ovidio, que formúla en reglas artísticas las febriles emociones de la lascivia; Virgilio, que con sus inimitables geórgicas convierte en poesía didáctica el himno triunfal del panteismo antiguo; Horacio el epicúreo (1); y Mecenas, afeminado prototipo del sibaritismo, personificacion mixta del buen gusto y de la cosmética, que escribe sobre los tocados páginas impregnadas de almizcle, que hubiera dado por un fragmento de una bacante de Praxiteles todos los simulacros apolillados y denegridos de la grave religion de Numa, y que se presenta en público escoltado por dos eunucos, mas hombres que él (2). Verres, que arrebató á Siracusa mas estátuas griegas que soldados habia perdido en la victoria de Marcelo, no es ya en rigor el modelo del magnate romano; lo es mas bien Polion, y van á serlo en breve Narciso y Tigelino (3). Que se llamen aquellos Tibulo, Propercio, Ovidio, Virgilio, Horacio y Mecenas, para mí no los absuelve. El prestigio de sus nombres no me moverá á aplaudir el mal que hicieron; como no me movería á condenarlos el que los hubiese canonizado la Iglesia si hubieran tomado el rumbo de Marco Aurelio, de Epicteto y de nuestro Séneca.

Y no se mostraban menos contaminados los oráculos de la ley y del derecho. Sus obsequios al culto de la fuerza tiránica suscitaron la memorable *Ley Régia*, en cuya virtud debian observarse como preceptos sagrados todas las caprichosas veleidades del Príncipe. El materialismo mas desembozado y la deificacion del hombre-rey, son, pues, la compendiada anatomía del siglo de Augusto en la region de

la inteligencia. Respecto de los hábitos y costumbres, vuestro hastío se colmaría con unos cuantos hechos, que no hay medio de poner en duda porque deponen de su veracidad testigos tan abonados como Suetonio y Ciceron (4).

¿Quereis que os recuerde la *cena de Octavio* descrita por Suetonio? No: tambien vuestro decoro se ofendería de semejante pintura. Estamos en un terreno en que basta pronunciar nombres para evocar vicios. Os citaré, pues, aquel Jerges togado llamado Lúculo, y al otro nombrado Hortensio; y si el exceso de la saciedad os lo consiente, os pediré que entreis en aquellas incomparables estancias de la reina del Tíber, poco há de barro y ahora de mármoles, todas de jaspes de Numidia, de ágata y alabastro, de oro, marfil, concha, maderas olorosas, pinturas siracusanas y mosáicos, piedras preciosas y tapices, en cuyas dependencias se hallan los eunucos, Juvenal nos lo asegura, mejor alojados que el viejo y barbudo Júpiter en su Capitolio. Observad el tren de vida de los que habitan esas mágicas mansiones patricias: sus triclinios, sus dactiliotecas, sus baños, sus carros y basternas, sus trages y peinados, en que se sepultan las rentas de provincias enteras; sus maravillosos y fantásticos banquetes, al lado de los cuales son meriendas de salvages los aplaudidos festines oficiales de que tanto se enorgullecen hoy los potentados de la nebulosa Albion y de la gélida Esclavonia.

Finalmente, Señores, llegará en Roma el dia en que no sea ya posible completar el sacro colegio de las Vestales, ni aun acudiendo á las hijas de los libertos que hayan cumplido siete años, y en que el incesto será título para la

inmortalidad, cantando una envilecida musa que la gloria de la familia Flavia se perpetuará

> Tarpeja summi saxa dum patris stabunt,
> dum voce supplex dumque thure placabit
> matrona divæ dulce Jaliæ numen (5).

Los vicios del mundo clásico están ya fuera de nuestro alcance y la sensualidad aristocrática de hoy es un pigmeo comparada con la antigua (6). Me imagino sin embargo que en algunas naciones de la moderna Europa, el que estudie la sociedad de los siglòs de Augusto y de Alejandro, se figurará estar viendo como en un espejo de aumento la imágen de su patria. No en verdad la de nuestra austera y gloriosa España antigua.

Para la obra providencial del perfeccionamiento y de la regeneracion humana tiene cada sociedad señalados sus caminos. Segun varían las condiciones de raza, clima y suelo, así varían la índole y las leyes del desarrollo parcial de cada civilizacion, aunque en último resultado sean las diversas naciones otros tantos obreros cuya inteligencia y manos dirige la divina Sabiduría al logro de sus altos designios. Ahora bien, teniendo cada nacion asignado su particular encargo, no podrá decirse que cumple su mision en la tierra la nacion que abjura y desmiente la sagrada consigna escrita en el terreno en que á Dios plugo colocarla; y por el contrario, aquel pueblo será mas civilizado, que mas eficazmente contribuya dentro de sus peculiares leyes y condiciones á realizar el reino de la Verdad y de la Justicia. En este sentido puede asegurarse que pocas naciones han conocido mejor que nuestra España su verdadero destino.

Y ¿cuáles fueron las condiciones peculiares de la civilizacion española? ¿á qué leyes especiales sujetó Dios el desarrollo de esta sociedad, establecida por él, nó como vulgarmente se repite en un deleitoso vergel, en el suelo mas privilegiado del continente europeo, sino por el contrario en una especie de templo ciclópeo de escarpadas y escalonadas sierras y mesas elevadas y áridas, como Isaac sobre el ara de su sacrificio? ¿Cuáles fueron las grandes líneas con que trazó el Creador su particular fisonomía entre los otros pueblos?

No titubeo en señalar como las principales la fé monárquica, el celo religioso, y un sentimiento enérgico de independencia y libertad, todo destacado sobre el fondo comun de una evidente ineptitud para las artes del deleite. Vereis en sus mas grandes épocas ondear unidas estas tres banderas, y á su sombra crecer y desenvolverse la civilizacion hispana, siempre contrastada, pero siempre militante. Mientras otras naciones encuentran ancha base á su prosperidad material en el ejercicio exclusivo de las artes y de las ciencias, de la agricultura y del comercio, la nuestra tiene como vinculado su porvenir en la fidelidad á aquellas tres ideas, y por ellas, no por las mezquinas miras de comercio y de lucro que han enriquecido á otros Estados, traspone los montes, cruza los mares, y triunfa de todos los obstáculos, siendo su existencia como una cruzada contínua, primero bajo la tutela del episcopado; luego bajo el cetro de sus reyes, robustecido por los concejos y las asambleas legislativas; por último, y cediendo el espíritu de independencia y de libertad local á la necesidad apremiante de la centra-

lizacion del poder, bajo el manto de sus Césares, en los gloriosos campamentos de Dávalos sobre Túnez, de Leiva sobre Pavía, de Cortés contra Motezuma, de Pizarro contra los Incas, del Duque de Alba sobre Mühlberg, de los Duques de Parma y Saboya, de Zúñiga y Bazan, en Francia, Holanda y Berbería.

Forman las tres enunciadas ideas como el triple eje cardinal de nuestra civilizacion. Cuando ellas se desunen y pierden su equilibrio, el carro de nuestra prosperidad vacila ó se derrumba, y la misma idea predominante y avasalladora se desnaturaliza y corrompe. Entonces, si es el celo religioso representado por el sacerdocio el que exagera su accion, nace el fanatismo, y se encienden las hogueras, y libertad y monarquía languidecen; si es la monarquía, nace el absolutismo, tan funesto para la religion como para la libertad; si es por último la libertad la que se erige en ídolo exclusivo, surge tremenda la demagogia, y para vilipendio de los tronos aparecen los regicidas, y para los ungidos de Cristo no hay mas porvenir que las horrorosas matanzas con que las frenéticas turbas parodian á los septembricistas de París. En estas tres violentas y maléficas situaciones se resuelve aquella falta de equilibrio de tres nobles sentimientos, y siempre es la corrupcion del dominador su inevitable resultado; por eso nos presenta nuestra historia al decaer de cada una de sus grandes épocas, ya la depravacion del clero feamente personificada en los Oppas, ya la intemperancia de los reyes patente en los Witizas y los príncipes *crueles*, ya la inhumanidad de los falsos patriotas retratada en los repugnantes adeptos de Bruto.

La antipatía de los españoles al epicurismo pagano, su predisposicion á todo género de sacrificios, única base sólida de la civilizacion, resaltan en nuestras primeras historias. *Corpus hominum ad inediam laboremque, animi ad mortem parati, dura omnibus et stricta parsimonia* (7). Pero desde el primer albor de la Iglesia de Jesucristo en nuestras provincias, se santifica y toma las mas nobles proporciones, ya en la indiferencia hácia la peligrosa belleza artística, ya en el estóico desprecio de la vida.

Acostumbrados á estudiar la historia general en libros extrangeros, hacemos por lo comun poca cuenta de cierto carácter especial que ofrece el pontificado español de los primeros siglos. Tuvo la Iglesia en Italia, desde Constantino, pañales de púrpura; entre nosotros repudió siempre todo recuerdo de pagana grandeza. Allí fué necesario que se ostentase heredera de los Césares; aquí solo podia acreditar la divinidad de su orígen combatiendo de frente todas las aspiraciones y reliquias del orgullo. Eran los pueblos de España por su genio y calidades comunes, esencialmente opuestos á los pueblos de Italia. Sentian aquellos la belleza del culto pagano con singular energía, y en el siglo IV aún no habia lanzado allí el politeismo su postrer suspiro. Por mas que Prudencio se esfuerce en pintarnos á los Padres Conscriptos prefiriendo la vestidura blanca del neófito á la toga romana; por mas que nos muestre agrupados en las iglesias y sobre las sagradas fuentes de la regeneracion á los problemáticos descendientes de los Quintios, Olibrios y Paulos; todavía dudaré de la fé de estos convertidos, al ver que el mismo poeta desmiente á veces sus propias ilusiones. Las

divinidades del Olimpo asediaban á Roma cristiana como falanges de hermosos fantasmas, y eran todavía para las inteligencias de alto linage como una fórmula de la esquisita cultura antigua. No debe en verdad causarnos maravilla que tan apegados estuviesen á su pasada vida unos hombres que habian tenido por historia nacional la obediencia y el rendimiento de los pueblos del universo, por diversiones el Coliseo y los anfiteatros bajo el cielo de Roma y Nápoles, y por actores las naciones todas del mundo vencido.

Pero no así España. Á pesar del odio que á la nueva religion profesaba la aristocracia latina avecindada en nuestro suelo, aquí, y señaladamente en la Bética, se recibió la semilla del Evangelio casi con entusiasmo. Esta provincia, si bien tan principal y tan identificada con Roma por las familias senatorias que se habian establecido en sus municipios y colonias, por el estenso comercio que con ella mantenia y por la multitud de vias que facilitaban sus comunicaciones con la metrópoli, era la menos corrompida del Imperio, manifestándose en esto la morigeracion y gravedad proverbiales de la raza ibera. Mantenia la Bética la supremacía intelectual de Roma, y la habia dado emperadores como Trajano y Adriano, cónsules como Balbo, oradores como Porcio Ladron, filósofos y poetas como Séneca y Lucano; pero estos mismos genios, lejos de ser materialistas en sus costumbres y doctrinas, fueron por el contrario adeptos de aquella consoladora filosofía estóica, precursora del cristianismo, que en medio de la general degradacion del mundo pagano se ve descollar como una inexpugnable ciudadela donde se refugia el humano decoro amagado de

muerte por el exceso de la corrupcion. Á esto debia la España su aptitud incontestable para comprender y abrazar aquella doctrina misteriosa que, mientras las águilas romanas moribundas llenaban de pavor la tierra con el zumbido de su desesperado vuelo, iba paulatinamente apoderándose de las almas de buena fé, y preparando el universo desde la bárbara Panonia á la disoluta Corinto á pedir á voces la santa libertad de la Cruz. ¿Cómo no habia de hallar esta revolucion admirable dignos y entusiastas propagadores en la sosegada provincia que habia producido el inflexible tronco de los Sénecas y al elocuente y enérgico cantor de los vencidos de Farsalia? Las doctrinas estóicas, fuertemente arraigadas en ella, la tenian dispuesta á la discusion racional de las mas grandes verdades morales. El suelo de España, por otra parte, providencial fautor de sus inmemoriales arranques de independencia y libertad, favorecia con sus inaccesibles montañas y sus recónditas gargantas el éxito de una emancipacion que tenia por objeto la regeneracion de la dignidad perdida. Verdad es que todas las antiguas teogonías de Asia y Africa, de Grecia y Roma, habian recibido carta de naturaleza en nuestra nacion, siempre fácil al halago del extrangero; pero en cuanto llegó á ella la luz del cristianismo, antes que la Iglesia lograse la paz deseada, humeó el puro incienso en honor del Crucificado á la faz de los gobernadores y prefectos gentiles y de los sacerdotes de los ídolos, y ¡cosa notable! aunque se suscitaron encarnizadas y sangrientas persecuciones, los cristianos españoles se desdeñaron de tener catacumbas: sin duda no les pareció nunca intratable la aspereza de sus sierras, ni

superiores á su indomable resistencia el potro y el ecúleo.

Aquella exaltacion intransigente y sombría que nutre su raiz en la sangre celtibérica y que durante las guerras púnicas, y aun despues, produjo los épicos suicidios de Sagunto, de Astapa y de Numancia, y la voluntaria hecatombe de los soldados de Sertorio, con los cuales nuestro feroz pero sublime patriotismo aterrorizaba al mundo; descollaba ya en el afan con que los españoles convertidos al cristianismo se precipitaban al martirio. Este espíritu severo daba un colorido particular en España á las mismas ceremonias paganas, tan risueñas y seductoras en Hélade y en la otra Hesperia, y el grave ascetismo que entre nosotros despojó siempre al culto de los halagos de la belleza física desde los tiempos primitivos, perseveraba en toda su fuerza cuando cantaba con gentil vanidad Homero:

El que al Ródano bebe el cristal frio
de mi sonoro labio
oirá los ecos, y el ibero sabio (8).

Sin aventurar conjeturas acerca de aquellos tiempos, una cosa podemos asegurar respecto de España, y es, que los restos de la escultura clásica, en la cual se condensa y personifica el esquisito naturalismo de Grecia y Roma, son tan raros en nuestro pais como abundantes en Italia. Tampoco hay por otra parte prueba alguna positiva de que en el siglo de Augusto floreciesen entre nosotros Nicias y Filocáres, Ovidios y Catulos; ni memoria de que en nuestras vegas tarraconenses, lusitanas y béticas, durasen á fines del siglo IV, como duraban en los deliciosos valles de la Arcadia y de la Sabina, en extraña promiscuidad con las ceremonias del

nuevo culto, las prácticas simbólicas con que el genio del antiguo panteismo habia poetizado lo mas difícil de idealizar y embellecer, que es la vida de los labriegos y pastores. Aquellas graciosas fiestas en que el dios Pan, á la sombra de los plátanos y al rumor de las fuentes murmuradoras, recibia la oveja manchada de cinabrio, y en que la jóven desposada abandonaba el hogar paterno al son del caramillo campestre, no debieron ser nunca españolas. Los groseros moradores de nuestras sierras y campiñas, acudirían en tropel á los oficios divinos de las basílicas convertidas en iglesias, y á los baptisterios de los piadosos imitadores de Luparia, lleno el corazon de franca alegría, sin dolorosos recuerdos de goces perdidos, sin asomo de reservas epicúreas, mientras en Italia seguian las náyades y napeas de piedra ó arcilla habitando sus frescas grutas y recibiendo de los mancebos y doncellas cristianos coronas de rosa y madreselva. Al paso que estos dulces y poéticos idilios de la vida comun se habian olvidado entre nosotros, dado que alguna vez hubiesen tenido lugar, se perpetuaba á fines de aquel mismo siglo en Cádiz el severo culto fenicio, tan opuesto al sensualismo artístico griego y latino, y los austeros sacerdotes en quienes advirtió Silio Itálico (9) vida áspera y penitente,

Pes nudus, tonsæquæ comæ, castumque cubile,

seguian mortificándose de la misma manera en los dias de Festo Avieno. Consta, pues, que en aquella remota época la belleza de la forma producia escasa impresion en los corazones de la masa indígena.

Yo casi me atrevería á creer que aquel cánon tan controvertido del concilio de Elvira, que prohibió las pinturas en las iglesias para que no se viese reproducido en las paredes, siempre amagadas de ruina, lo que se reverencia y adora (10), hubiera sido muy dificilmente observado en Italia ó en el Bajo Imperio, donde tanto cautivaba al pueblo la forma material y sensible. Esta especie de impasibilidad á los halagos de la belleza plástica ha sido en todos tiempos uno de los distintivos del genio español, y á ella en cierto modo se debe que nuestro arte se haya mantenido siempre casto. La belleza moral, por el contrario, cautivó desde muy temprano á nuestra nacion, que ya en el mencionado siglo IV aparecia superior á muchas del occidente por su literatura y poesía religiosa, merced á los escritos de Juvenco, San Dámaso, Aurelio Prudencio, Latroniano, Aquilio Severo y otros.

Sin artes deslumbradoras, sin reflejos de pompa pagana, sin basílicas marmóreas, sin mosáicos y pinturas ¡qué noble y elevada era la mision de la Iglesia de España en aquellos primeros concilios, con los cuales se anticipaba á la famosa reunion de los obispos franceses en Arlés! Descuella verdaderamente nuestro sínodo Iliberitano como un esplendoroso faro entre las tinieblas con que termina la antigüedad y preludia la edad media. ¡Con cuánta sabiduría señalan aquellos venerables prelados á la navecilla del cristianismo su difícil derrotero por entre las sirtes que forman los escombros del paganismo! Al paso que echan los cimientos á la disciplina eclesiástica mas ajustada á la pureza evangélica, procuran, llenos de prudencia, precaver los enojosos

choques de los celosos é irreflexivos cristianos con las autoridades gentiles, y admira en verdad, cuando se estudian detenidamente sus cánones, cómo supieron aquellos preclaros y santos varones realizar los primeros en las leyes eclesiásticas la teoría divina de la rehabilitacion por medio del propio sacrificio, inculcando el principio de que el cristianismo, religion de santa fraternidad y libertad, de paz y de amor, repugna toda idea de dominacion y orgullo.

No es de mi incumbencia entrar en el análisis de las disposiciones de este notable concilio. Debo contentarme con recoger en el plantel de sus sabios cánones una de las mas hermosas flores del cristianismo español incipiente. Es una muestra de la caridad de los PP. Iliberitanos para con los esclavos (11). La tierra que siendo pagana habia dado padre y maestro al primer filósofo que anunció á la soberbia Roma la igualdad nativa de todos los hombres, no podia, siendo católica, mirar con indiferencia la suerte de los siervos. Por el cánon citado se señalaba la misma pena que al homicida á la mujer que descubriese el ánimo de matar á su esclava en el castigo que la hubiese impuesto. Indudablemente resonaban á los oidos de los doctos prelados aquellas hermosas palabras: *¿ Quid est eques romanus, aut libertinus, aut servus? Nomina ex ambitione, aut ex injuria nata ; subsilire in cœlum ex angulo potest* (12). Así iba el episcopado preparando las vias á la futura civilizacion de España desde antes de dar la paz á la Iglesia Constantino.

El pontificado italiano, aunque animado del espíritu mas puro, se habia visto arrastrado por la fuerza de las circunstancias á rodearse del fáusto y grandeza de las altas

gerarquías humanas. En Roma, lo mismo que en todas las ciudades de Italia, eran elegidos los obispos entre las familias patricias, y la conexion de las dos ideas episcopado y aristocracia aparece allí hasta sobre las hogueras de los mártires (13). La eleccion del obispo de Roma era ocasion de luchas formidables entre las familias senatorias y consulares, y tal el ardor que se desplegaba en el triunfo, que el Papa electo se veía involuntariamente colmado de inmensos donativos. De estas larguezas y del patrimonio privativo de los obispos, se formó el primer núcleo de la riqueza del Pontificado. No seré yo quien censure ni las magnificencias del primitivo Capitolio, ni el influjo político del Papa erigido en *Pontífice Máximo* por un arranque de conciencia de Graciano. Creo firmemente que la Iglesia en Italia no hubiera llegado á gobernar las provincias, huérfanas de autoridad cuando mas la habian menester, si los papas y los obispos se hubiesen ceñido á la pobreza y simplicidad de los apóstoles: con el cayado pastoral y la túnica nazarena no habria el cristianismo civilizado aquella hermosa region. La riqueza, el lujo, el fasto, eran á los ojos de los patricios y del pueblo italiano, antes que todo sensuales y artistas, como la credencial ostensible y auténtica de su supremacía. Llegó el dia en que las juzgó Dios inútiles y embarazosas reliquias, y entonces hizo que en las propias manos de aquellos *doctores vírgenes de la Iglesia virgen* (14) las pulverizase la framea de los Bárbaros.

No es, pues, la grandeza pagana, no son sus artes, no la espléndida belleza de los mitos ni la seductora elegancia clásica, lo que á España corrompe y la hace merece-

dora del castigo encomendado por la Providencia á los feroces é implacables Vándalos; es la lepra de otra sensualidad nada especulativa, nada artística, nada aristocrática, y sí muy práctica, muy plebeya y muy desnuda de toda seduccion: inevitable compañera de la barbarie de la época. El Evangelio y los cánones eran aun impotentes para raer la lepra de la ignorancia y del libertinage, única forma del paganismo que se asimila el vulgo. Recordad la enérgica pintura que hace el Papa Siricio de la licenciosa vida de los monges españoles de uno y otro sexo en su Decretal al obispo de Tarragona Eumerio, y recordad tambien que al finalizar apenas esa época crítica del cuarto siglo, tanto se habia ya adulterado la primitiva pureza de las costumbres cristianas, que el Concilio I de Toledo habia tenido que tratar el concubinato con una lenidad que hubiera hecho subir el sonrojo á la frente á los severos PP. Iliberitanos.

Sobre este fondo de corrupcion prosáica y nada artística, resalta no obstante un rasgo muy marcado de la fisonomía peculiar de nuestra civilizacion. Á diferencia de lo que acontecia en Italia y en las Galias, no existió en España entre el alto y bajo clero, entre el episcopado y el monacato, aquel temprano antagonismo con que allí preludiaban odios seculares entre la aristrocracia y el pueblo.

Salviano, aquel presbítero galo que mereció de la posteridad el nombre de *segundo Jeremías;* aquel druida cristiano que rebosando hiel contra la antigua Roma, cuyo esplendor odioso no disfraza á sus ojos ni aun la misma cruz, y que recogiendo la tea mal extinguida de Breno, en nombre de Dios y de Jesucristo concita con voz de tormenta á

los Godos y á los Vándalos á la conquista y al esterminio de las provincias Imperiales, es figura completamente desconocida en el cuadro de nuestra primitiva Iglesia. Aunque de extraccion noble, venia á ser Salviano en el quinto siglo como un anúncio ó precursor de aquella oposicion democrática que del seno de la edad media surgió luego en toda Europa, menos en España, formidable freno á las demasías de la aristocracia eclesiástica y civil. El cuadro que con su impetuosa elocuencia nos dejó trazado en su libro *De gubernatione Dei* de la miseria del pueblo, y que nos descubre á los esclavos, á los simples ciudadanos y hasta á los mismos hijos de familia, á entrambos lados de los Alpes, prefiriendo al desórden y á las depredaciones que padecen en su patria, la desercion á las tribus bárbaras, parece un destello abrasador de la negra nube de ideas en que se fraguan las modernas revoluciones.

Porque no es la estraccion de los hombres lo que determina el carácter de sus obras é imprime el sello á sus instituciones. Antes de haber monasterios, hubo ermitaños, ascetas y estilitas, y estos, sin distincion de orígen, fueron todos visiblemente contrarios á la aristocracia episcopal. Los alistados en la modesta milicia de los Antonios, Pablos, Macarios y Pacomios, se habian desnudado en sus Tebaidas de las tradiciones de sus linages, y cuando despues de las matanzas de Tesalónica y Antioquía la religion los condujo al pie del trono imperial, sus simpatías fueron todas para los pobres y los humildes. Solo en los anacoretas y penitentes hallaban el plebeyo agoviado, el mísero esclavo y el patricio hastiado de los falsos bienes de la tierra, palabras

de consuelo y lágrimas de compasion; no eran, nó, los prelados descendientes de los cónsules y prefectos del pretorio los que podian mitigar con el bálsamo de la caridad el dolor de aquellas llagas morales. Conoció el gran San Basilio el peligro de que se mantuviese extraña al sacerdocio la única porcion verdaderamente popular de la Iglesia, y organizó en las márgenes del Iris el monasterio que sirvió de norma y base al monacato de Oriente y Occidente. En Oriente el monge plebeyo no fué excluido del episcopado; en Italia y en las Galias la promocion de los ascetas y ermitaños á tan alta dignidad, casi siempre se verificó con violencia y por el clamor amenazante de las turbas; en España, si bien el báculo pastoral fué pocas veces confiado á manos encallecidas en tareas serviles, la moderacion y sencillez de los prelados bastó por lo comun á precaver enojosas colisiones con la plebe conventual.

Para que no os sorprenda el que me atreva á designar una institucion puramente religiosa como gérmen de un fenómeno social y político, dignaos advertir que en los siglos IV y V era la Iglesia la que gobernaba de hecho el Estado y absorbia sus mas privilegiadas inteligencias. Los señores, al ver que los colonos, los esclavos, los legionarios, las ciudades y las aldeas, la metrópoli y los municipios se entregaban en brazos del cristianismo, y que se alzaba en sus tierras un pueblo nuevo que les exigia nuevos títulos dominicales; para no perderlo todo al resignar su poder, se esforzaban en ganar las elecciones de los obispos y obligaban á sus parientes á ceñir la mitra. Así fué cómo aquellas familias que habian suministrado á las ciudades el órden

ilustre de los Decuriones, excluidas de las armas é inhábiles para la gestion de los públicos negocios por su incapacidad y molicie, afluyeron con su mejor y mas sana parte al episcopado; y cómo, de resultas de la anarquía en que habia degenerado la organizacion municipal, se vieron los obispos convertidos, de meros pastores de las almas, en administradores, ciudadanos y hombres políticos. El Estado era, pues, la Iglesia, y de consiguiente un partido popular dentro de la Iglesia era como un embrion de tercer partido en aquel embrion de Estado. Bajo este concepto creo que merece fijar vuestra atencion aquel naciente monacato de España, con su democracia regularizada desde fines del cuarto siglo y con su carácter independiente y enérgico, formulado rara vez como en otros paises en descarada indisciplina. No siempre la democracia muestra la virtud que corresponde á su orígen; á veces por el contrario se hace gárrula y soberbia, ostentando por timbres de nobleza espiritual virtudes que ha perdido, y aunque en ella se criaron muchos santos, y muchos nobles por conviccion la abrazaron, no faltaron desde el principio en sus cenobios priscilianistas carnales, como nos lo atestigua el cánon 6 del Concilio I de Zaragoza, que solo revestían la cogulla para ostentar mayor piedad y perfeccion. Aquella tremenda catarata de razas belicosas á la cual abrió la mano del Omnipotente, del oriente al septentrion, los diques del Imperio, para barrer con ella todas las escorias del antiguo mundo, aún no fué bastante para desarraigar en Europa la zizaña de la indisciplina monacal. Retoña en la edad media, mostrándose al par la santidad de los celosos reformadores y

la tenacidad del vicio añejo, y así vemos sucederse en la suerte varia que los institutos monásticos alcanzan, la luz y las sombras, como alternan en el desarrollo del estado llano europeo una noble y santa libertad con el espíritu de rebeldía y sedicion. Creo que los publicistas que han consagrado sus meditaciones al confuso estado social del occidente en la época á que me refiero, no han dado la debida importancia á la disparidad que acabo de señalar entre el ascetismo español y el de las demás naciones, ni deducido sus consecuencias en el órden civil y político. Entonces se verificó en nuestra península un fenómeno algo parecido al que observamos luego, en la época, comparativamente moderna, denominada de la *reconquista*. Así como el ricohombre y el plebeyo pelean juntos contra un enemigo comun y en el auxilio que el segundo presta al primero halla la fuente de sus inmunidades y fueros, así tambien pugnaron juntos el alto clero y los monges para sacar al pais de la desorganizacion en que le habia sumido el Imperio moribundo, y los que nada eran como proletarios en el municipio pagano, fueron como religiosos considerados aptos para aspirar aun á la misma mitra, es decir, á la suprema magistratura, eclesiástica de derecho, y de hecho eclesiástica y civil. Agrúpanse por natural instinto las aves viajeras que cruzan los abismos de los mares cuando en el lejano horizonte se anuncia la borrasca: así la naciente sociedad española reunía los únicos elementos activos de su civilizacion en aquellos tiempos de general barbarie é ignorancia, como presintiendo los calamitosos dias que iban á sobrevenir, y tomando desde tan lejana época la posicion vi-

gilante y resuelta que correspondia á los futuros destinos de la nacion.

El gérmen mas notorio de pública libertad está en el gran número de pueblos independientes y confederados que habia en la España romana y en la conservacion del municipio antiguo. El municipio suponia en toda poblacion que llevaba este nombre el derecho de regirse libremente por sus leyes privativas. Son tan escasos y contradictorios los monumentos de aquella época, que de ellos se saca muy poca luz para el cabal conocimiento del derecho municipal. Podria hasta cierto punto dudarse que estuviesen los municipios de España constituidos, como los de Italia, sobre el pie de una perfecta semejanza con la organizacion política y administrativa de Roma, con sus duunviros, imitacion de los cónsules, su cuerpo de decuriones, copia diminuta del Senado, y sus tres gerarquías de patricios, simples curiales y proletarios; pero de todos modos parece evidente, que aunque el personal administrativo y las clases de nuestro municipio estuviesen calcados sobre los del latino, no penetró en él el espíritu de la aristocracia romana, que falseó en las provincias de Italia el principio de la eleccion popular y el privilegio de administrarse libremente; porque aquella aristocracia era escasa entre nosotros, y la que vino acá á establecerse acudió con preferencia á las colonias, donde con bastante fidelidad se observaban las leyes de la metrópoli. Si en alguna nacion pudo ser una verdad práctica la mentida soberanía popular del derecho municipal romano, fué en España, donde, en caso

de ser cierto el aforismo de que la descentralizacion es siempre favorable á las aristocracias, no hubiera sido seguramente la aristocracia romana la favorecida, sino la natural del pais, de la cual hay vestigios en nuestra historia. Cuando el Imperio espiraba bajo el desgobierno de los sucesores de Constantino, ¿qué influjo habia de tener en el municipio español la aristocracia romana incapaz de gobernar el de su propia tierra? Y si aquí los obispos, al recoger del polvo, en que yacía abandonada, la magistratura de las ciudades, no la manejaron como allá los de Italia en beneficio de las familias patricias, ¿porqué habrémos de suponer que fué aristocrático el municipio español, sobre todo despues de creado el importante cargo del *defensor de la ciudad?* La Iglesia, al consumarse la irrupcion de los Bárbaros, preservó solícita las reliquias de aquella organizacion tan ocasionada al desórden, y trasmitió á las edades futuras el municipio como garantía de racional libertad, purgado de la generosa parodia tribunicia, y convertido el oficio de *defensor* en *protector de las Iglesias.* Cualquier orígen que á los cuerpos municipales de nuestra edad media se atribuya, que no sea el antiguo municipio hispano-romano, me parece improbable. Respeto la opinion de ilustrados individuos de esta Academia que estiman evidente su derivacion del *Placitum* germánico; pero mas propenderia yo á reconocer en estas asambleas, ya políticas y generales, ya solamente feudales y jurídicas, el modelo de nuestras córtes y de nuestros tribunales de jurisdiccion real, señorial, ó eclesiástica, si por otro lado no creyera que ese mismo *plácito*, general y particular, fué para los Germanos y los Francos una mera

reminiscencia de los concilios y tribunales que la Iglesia y el mundo romano legaron á los Bárbaros (15). Tenemos por último una prueba ostensible de que no era aristocrática la constitucion de nuestro antiguo municipio romano, en la misma admiracion que causó á Adriano el ver que Itálica y Útica, seducidas por el brillo de la administracion y costumbres de Roma, pretendian pasar á la categoría de colonias sacrificando la libertad tan cara á los españoles.

Necesitamos dar un paso más en la historia para descubrir otro elemento poderoso de nuestra civilizacion. Aludo al sentimiento monárquico, regla y palanca de casi todas las antiguas sociedades. Los Godos, como las otras gentes que se derramaron sobre el mundo romano y se repartieron sus provincias, tuvieron originariamente reyes, y nó como generalmente se supone elegidos por las tribus, sino promovidos al mando supremo en virtud de un derecho hereditario que tenia por fundamento la creencia en la superioridad de su sangre ó raza, casi diriamos en su extraccion semi-divina. Los Amalos, los Baltos, los Agilolfingos, los Merovingios eran reputados *Ases* ó dioses, y esta especie de *derecho divino* fué el eje del poder entre todos los pueblos Bárbaros. Hay quien cree (16) del obispo Ulfilas, primero que llevó á los Godos la luz del Evangelio y que los inició en los rudimentos de la civilizacion cristiana, que, á fuer de político sagaz, reconoció el peligro de aquel exagerado y ciego respeto hácia determinadas dinastías, cuando

al traducirles á su idioma nativo las Santas Escrituras suprimió del Antiguo Testamento los *Libros de los Reyes*, y siempre que en los demás libros se veia precisado á escribir la palabra *rey*, empleó en su lugar la voz *thiudan*, equivalente á gefe ó *caudillo*. Cualquiera que fuese la verdadera intencion de Ulfilas, es lo cierto que la idea primitiva de las dinastías ó extracciones privilegiadas llamadas á gobernar, perdió por obra suya para los Godos su equivalencia en el lenguage de la civilizacion, y que en lo sucesivo se acomodaron al principio de la elegibilidad, si bien en algunas ocasiones volvió á retoñar la idea sistemáticamente proscrita y á recobrar el sentimiento monárquico de aquellas razas su primitiva vivacidad, como vuelve á su direccion natural el arbusto rota la traba que con violencia le doblega. El fanático respeto de los Ostrogodos á sus dinastías se halla consignado en el apelativo de *Celestes* con que distinguian á sus Amalos; entre los Visigodos no se mantuvo tan vivo este sentimiento, porque muy pronto fueron admitidos por los Romanos á participar de la suerte del Imperio á la parte de acá del Danubio, y aprendieron en la terrible escuela de las guardias pretorianas el funesto sistema de poner y quitar príncipes. El episcopado español fué en cierto modo el continuador del pensamiento político de Ulfilas, no por astucia, sino impulsado de un loable deseo, porque conociendo que en aquella época de tan grande ignorancia era imposible que las virtudes de los buenos reyes se perpetuasen siempre en sus descendientes juntamente con la suprema potestad, tampoco consignaron en las leyes visigodas el principio hereditario y su sancion religiosa, sino que se li–

mitaron al principio de eleccion, exigiendo que el soberano fuese capaz de regir su pueblo como hombre justiciero. *Rectè faciendo regis nomen benignè tenetur, peccando vero miseriter amititur:* hé aquí la máxima fundamental, equivalente al antiguo proverbio *rex eris si recta facis, si autem non facis non eris*, que deduce la Iglesia española reunida en Concilio como base del derecho político de la nueva sociedad hispano-goda. Así se combinan desde el sexto siglo el instinto monárquico de la raza goda y la idea esencialmente cristiana que hace derivar la Autoridad de la eterna fuente de la Justicia: ingerto fecundo que veremos en lo sucesivo árbol magestuoso, dando por fruto aquel proverbial *carácter español*, prototipo de alta dignidad y de lealtad acendrada, en todo el mundo respetado, y definido al cabo de mil años de existencia por Calderon en aquella memorable máxima del Alcalde de Zalamea:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma solo es de Dios.

Á pesar de lo mucho que esta docta Academia ha meditado acerca de la constitucion hispano-goda, juzgo no será del todo inútil recordar cuánto hizo el episcopado por la sociedad española y por sus reyes. La gente goda, belicosa, ruda, idólatra de su libertad, pero dócil á la voz de la religion y de la ciencia, y á las enseñanzas del Imperio romano, del cual fué largo tiempo alumna sumisa, no era en España al principio sino como un grande ejército de ocupacion, que á pesar de haber causado en nuestras provin-

cias terribles trastornos impulsado de ciega codicia, dejó subsistir en ellas el régimen y las leyes de las poblaciones hispano-romanas, ya casi del todo constituidas bajo la amparadora potestad episcopal. No solo conservaron los dominadores aquellas leyes, sino que iniciados de muchos años atrás en el latin vulgar y corrompido que hablaba la España cristiana, cedieron pronto al prestigio de su decadente cultura, y adoptaron con el idioma de los vencidos su religion y sus costumbres. El clero católico, puramente hispano-romano hasta la época en que abjuró el arrianismo la raza cabelluda sellando con este solemne acto su deseo, ó su conveniencia, de asimilarse á la nacion sojuzgada, hizo los mas nobles esfuerzos por amansar aquel indómito carácter originario, siempre dispuesto á rebullir en los dias críticos de la ambicion ó del público descontento; y á pesar de las apasionadas censuras de muchos escritores modernos, nunca serán bastante elogiadas aquellas leyes emanadas de los concilios toledanos, con las cuales los prelados españoles, en la imposibilidad absoluta de establecer el principio hereditario, procuraron al menos sacar del caos de la ignorancia y de las malas pasiones incólume la monarquía.

Prendados hoy de las ventajas de aquel principio, que ha sido el salvador de las sociedades modernas, y penetrados de honda antipatía hácia el sistema de la elegibilidad, que reconocemos como funesto por las escenas que mancharon la historia gótica, propendemos con harta facilidad á condenar en términos absolutos desde nuestro punto de vista actual, aquello mismo en que tal vez reconoceríamos

una bondad relativa, más aún, el único beneficio posible, despojándonos de nuestras ideas modernas. Nadie niega que el sistema electivo produjo grandes males á la España Goda; pero convendria averiguar si el sistema opuesto no los hubiera producido mayores; en otros términos, si fué dable restablecer el primitivo sistema hereditario en unos tiempos en que, si por casualidad renacía la prístina costumbre de suceder en la corona, se veía con harta frecuencia á un mónstruo, dechado de crímenes, empuñar para castigo de su pueblo el cetro antes mantenido por un rey justificado y clemente. En mi humilde opinion el principio hereditario, excelente en las naciones civilizadas, es hasta pernicioso en los pueblos semi-bárbaros: testigo el reino hereditario de los Merovingios, teatro de frecuentes é inauditos horrores que no tuvieron parangon sino en otros Estados regidos por el mismo sistema. Creo, pues, que la Iglesia de España aspiró á consolidar y hacer respetada la única monarquía que permitian aquellos dificultosos tiempos.

Fácil le hubiera sido quizá establecer en beneficio propio una real y efectiva oligarquia sinodal, primero porque las dos grandes familias goda é hispano-latina aun no estaban fundidas, y la indígena, que era la mas numerosa, vivia sin instinto monárquico declarado; en segundo lugar, era en el episcopado en quien de hecho residian con evidente popularidad la doctrina, la virtud, la magistratura y la tutela de la república, y no imposible para quien tanto suponia, fomentar los odios mútuos de los caudillos que aspiraban á la corona, conduciendo á los conquistadores á una extincion paulatina. De modo que si no lo hizo, y se contentó con

5

la parte de la direccion moral y del consejo, y dió además el ejemplo de la sumision y del respeto en el lenguage con que se dirigía á los monarcas; si se esforzó por último en hacer sus personas y aun sus familias inviolables y sagradas, introduciendo la solemne uncion y consagracion bizantina desde el tiempo de Recaredo; mas justo que tildar á la Iglesia gótica de prepotente y usurpadora, será reconocer que fué ella la que fundó una monarquía electiva regularizada hasta donde lo consentían la ignorancia y la altanería agreste de los magnates godos; ella la que preparó las vias á la monarquía hereditaria y levantó el Estado á un grado de prosperidad que sobrepujó al de todas las otras naciones del occidente. No habia, no, en aquel Estado dirigido por los eminentes prelados de los concilios toledanos, el estancamiento y el espíritu de quietismo mortífero que se supone: en la perfeccion que exige del hombre el cristiamismo como un deber ineludible, hay, dígase lo que se quiera, mucho mas campo para la provechosa actividad de la inteligencia y del corazon que en todos los ampulosos programas de la política ateista. Culpamos á la Iglesia goda de defectos que no son resultado de su genuino espíritu, y aunque vemos patente la inferioridad de las otras monarquías fundadas por los Bárbaros sobre las ruinas del Imperio de los Césares, pedimos á la España del siglo VII un episcopado desposeido de toda intervencion en los negocios temporales y una absoluta independencia entre lo político y lo espiritual; independencia que de seguro hubiera producido el caos en aquella civilizacion en flor. De los escarmientos saludables que proporciona la aficion á meditar sobre los li-

bros y los hombres, he sacado yo, Señores, mi pequeña dósis de impasibilidad contra los escándalos de ciertas calificaciones. Se habla de la perniciosa *Teocracia* visigoda, y yo, procediendo con la probidad histórica de que hago aquí solemne voto, no descubro á la luz de los concilios y del código que lleva el nombre de *Fuero Juzgo* semejante teocracia; ni veo otra cosa, comparando las leyes y las costumbres, que una lucha incesante, enérgica, digna, de la ciencia y de la virtud, con la rusticidad y la depravacion. Advertid que esos mismos obispos que se colocan entre el rey y el pueblo, defendiendo al primero del puñal de los rebeldes y usurpadores, tambien defienden á los súbditos de las demasías del monarca, y que San Isidoro en el concilio IV de Toledo hace resonar á los oidos de la suprema potestad terrena palabras tan austeras, que tal vez no sería hoy capaz de proferirlas ningun hombre de Estado ante un rey guerrero.

Al llegar aquí, Señores, me veo obligado á llamar poderosamente vuestra atencion hácia el cambio radical que en el naciente derecho público de España se verifica por la intervencion del episcopado en la obra de la codificacion. El primer maestro que anuncia á nuestro pueblo la verdadera naturaleza de poder, es un concilio: los obispos son los primeros que le enseñan que el objeto de la autoridad en las humanas sociedades es mandar para servir, reinar para sacrificarse. La autoridad cesárea existía y funcionaba con un objeto esencialmente personal y egoista: era, sirviéndome de la enérgica frase de un célebre orador moderno, *el egoismo ocupando un trono para hacer grange-*

ría de todo un pueblo (17); y así la vemos todavía en algunas naciones donde no reina como soberano Jesucristo, en las cuales en vano disfrazan la cruz de la corona y programas de libertad aquel instinto pagano que empuja hácia la tiranía.

Por lo demás, los concilios toledanos que gobernaron la Iglesia y el Estado en España, tampoco fueron una representacion pura de la aristocracia clerical. Muchos obispos salieron de la milicia monástica, y, lo que es mas notable, desde el concilio VIII los abades tuvieron participacion en esas famosas asambleas, ensayándose ya en aquella remota época, por la grande afinidad de los monges con el pueblo, la intervencion del estado llano en los cuerpos legislativos. Ultimamente, la aristocracia secular fiscalizaba tambien aquellas solemnes deliberaciones; de modo que cuando se discutían los negocios políticos y civiles, se asemejaba no poco el concilio á aquellas solemnes asambleas de los Francos libres, conocidas con el nombre ya recordado de *Plácito general*, á que concurrian bajo la presidencia del rey todos los órdenes ó brazos de la nacion. Pero era esto un mero embrion de representacion nacional.

La monarquía visigoda, es verdad, duró poco: pero no porque la influencia episcopal la condenase á la parálisis, como injustamente se supone, sino porque el Imperio griego, que desde Ataulfo venia siendo el único modelo de que los Godos vivian prendados, los inició desde muy temprano en las artes del lujo y de la corrupcion. Es cabalmente su existencia efímera uno de mis mas fuertes argumentos para señalar, como contrarios á las leyes provi—

denciales de la civilizacion española, la codicia funesta de goces materiales y el abandono de nuestra marcial actitud como vanguardia del cristianismo. La deslumbradora Bizancio que habia dado á nuestros Flavios su régia pompa, sus oficios palatinos, sus espléndidas ceremonias, su galana arquitectura, su renombrada orfebrería, era nuestro modelo; y entraba ella precisamente, bajo la ruin dinastía de los Heráclios, al empezar el sétimo siglo, época de nuestro mayor apogeo, en aquel segundo y triste período en que solo por irrision figuraban en su trono nulidades decoradas con los gloriosos nombres de los Constantinos y Justinianos. Serviles imitadores de la agena molicie, á pesar de las amonestaciones y censuras de los concilios, ambos órdenes eclesiástico y laical fueron en breve víctimas del contagio; y hubo como en Constantinopla bandos y parcialidades en la corte, hipocresía y perfidia en el palacio, bajeza en los magnates, debilidad en los prelados, relajacion en las costumbres. Nada pervierte tanto el alma de un Estado, que es la equidad, ni corroe tanto su nervio, que es la milicia, como el deseo inmoderado de placeres. Bizancio languidecia entre los goces de sus circos y teatros; la grandeza de Toledo tardó en eclipsarse lo que tardó el mal en llegar del Bósforo al Tajo; hundióse en la funesta paz de Witiza, que desarmó los brazos y quebrantó las fortalezas; y aquella portentosa creacion de los concilios estaba ya herida de muerte cuando el sibarita Rodrigo, cubierto de brocado y pedrería, se hacia conducir á los campos de Sidonia, reclinado en su muelle basterna, para disputar á los impetuosos Alárabes el derecho de corromper á las hijas de sus condes. Si á

esto se agrega que la gran masa de la nacion hispano-romana, separada aun de los intereses de sus dominadores, con cuya sangre apenas habia empezado á mezclar la suya, contempló pasiva y casi indiferente la irrupcion agarena, considerada al principio como una correría transitoria, no causará admiracion que la ruina del coloso visigodo se consumase tan de golpe, cual si la herida de Guadalete hubiese instantáneamente esparcido el hielo de la muerte por todos sus vastos miembros.

Pero basta de vindicar glorias que no es de mi propósito enaltecer, ni menos proponer como modelo á las sociedades de nuestros actuales tiempos. Mi objeto era solo escudriñar en su orígen ese sentimiento monárquico, noble y ageno á todo servilismo, que caracterizó nuestra edad media, y que creo elocuentemente formulado desde el sétimo siglo en aquel pacto escrito en el proemio de nuestro Fuero Juzgo, como lápida monumental en espacioso pórtico: *Rey serás si fecieres derecho, e si non fecieres derecho non serás rey.* Así el primer objeto que hiere nuestra mente al penetrar en el augusto recinto desde donde aun nos hablan los reyes godos y los prelados españoles, es la hermosa pareja de cariátides que, bajo el amparo de la religion, forman la monarquía y la libertad.

Cumple ya á mi propósito resumir los elementos constitutivos de nuestra peculiar civilizacion, segun me ha sido posible deducirlos de la historia. La independencia natural del carácter ibero, dispuesto al sacrificio, ascético y sombrío, solo modificado en aquellas provincias que, por su posicion geográfica, eran mas accesibles al trato y comercio

de los pueblos de Oriente; el hondo arraigo de la doctrina estóica que confirma la igualdad originaria de todos los hombres, noble preparacion para el cristianismo; la lealtad, que se engendra en las dos ideas combinadas de la propia dignidad y del pacto tácito entre el príncipe y su pueblo; la escasa influencia del gusto clásico en nuestras artes y literatura, y del risueño panteismo pagano en nuestras costumbres; la institucion del monacato plebeyo como partido de oposicion al espíritu aristocrático pagano; la conservacion del derecho municipal, única reliquia de independencia colectiva bajo la autocracia de los Césares; y por último la monarquía, no como sistema, no como resultado de un cálculo desapasionado y frio, sino como sentimiento innato, espontáneo é impetuoso en la raza predestinada á regenerar con su activa y pura sangre el Occidente; — hé aquí los futuros elementos de la nacionalidad española, el bosquejo de las facciones que principalmente van á resaltar en la fisonomía de este gran pueblo, mas apasionado de su honra y de su fé que de su bienestar material: mas guerrero, patriótico y piadoso, que amante de las artes, del lujo y de la industria, de la riqueza y de los placeres.

Despues, cuando la fusion de las razas y de las legislaciones personales sean hechos positivos; cuando el deseo de la unidad de religion, sellado la primera vez con la sangre de la raza hebrea por el arrebatado é irreflexivo celo de Sisebuto, se haya exaltado con justicia ante la barbarie agarena y su fautora la perfidia judáica; cuando la monarquía que fundó Recaredo haya tocado, bajo Witiza y Rodrigo, el peligro de abandonar un Estado á la descompa-

sada fuga de los placeres y al sueño de la molicie, y, sufriendo la dolorosa expiacion que la Providencia le depara, la gente hispano-goda acorralada entre los ásperos montes de los Astures, vuelva los ojos á su pasada carrera de dichas y desastres, tan brevemente fenecida; entonces se pronunciarán con mas energía aún los instintos cuyos primeros gérmenes hemos recogido, y se abrirán á la historia espaciosos y magníficos horizontes, donde observar el pleno desarrollo de todos los elementos que constituyen nuestra singular nacionalidad.

La gloria histórica de España, su antiguo engrandecimiento, no están ligados, nó, al culto de los intereses materiales, al ejercicio asíduo y exclusivo del comercio y de la industria, de la estética y de las artes del deleite. Otras naciones podrán sosegadamente consagrarse al empleo de mercadantes, de banqueros, de artistas, de joyeros, de abastecedores de la Europa renacida al sol del paganismo, mientras ella, despues de defenderla de los furiosos embates del Islam, y de escribir con su heróica sangre, bajo las tres banderas á cuya sombra la hemos visto nacer, una epopeya de ocho siglos entre Covadonga y Calatañazor, entre Calatañazor y Granada, vuelva á servirles de barrera en Oran y en Tunez, en Lepanto, en Malta, en Viena, en el Rhin y en el Escalda, contra los dos asoladores torrentes otomano y protestante. Dos épocas de incomparable grandeza ofrecerán las armas, la política, las letras y las artes cristianas de nuestra España en la dilatada série de sus generosos sacrificios por la civilizacion del Occidente. Será la primera la que comenzando en la pobre y fragosa orilla del Deva, con la insegura res-

tauracion del Estado visigodo y sus leyes, acaba en la fértil region del magestuoso Guadalquivir por el triunfo de la Cruz sobre los alminares de los Califas y con la memorable aparicion de las *Partidas*, de las Universidades y del primer renacimiento de las humanas letras. Será la segunda la que inaugurada con la definitiva expulsion de los Agarenos y el portentoso efecto de la fé católica de Colon (18), termina con el penúltimo vástago de la dinastía austriaca y el *siglo de oro* de nuestras artes.

La primera nos descubre, á vueltas de enojosos percances, glorias que ninguna otra nacion puede emular. Vamos á ver á la Europa entera durante los siglos IX y X, al disolverse la forzada unidad del Imperio de Carlomagno, sumida en el caos de la anarquía por la política malvada y mezquina de los príncipes y barones independientes; y á nuestra España, aunque solo libre en un rincon de su suelo, y aislada entre sus montes y sus mares, realizando para restaurar su independencia, sus altares y su trono, prodigios de energía, de lealtad y de fé.

Al norte, al oeste, al mediodia, cercan á la cristiandad enjambres de Bárbaros, que si temblaron ante la espada de Carlomagno, muerto este, vuelven á rebullir y estrechan, dilacerándolas, á las naciones que no tienen fuerza para rechazarlos. Los Sarracenos, bandoleros atrevidos, parten como flechas desde Africa y España contra la Galia, Italia y Sicilia, y estableciéndose en sus escarpadas costas, semejantes á nidos de halcones, caen sobre las indefensas provincias y se ceban en ellas. Los Tártaros invaden con su ferocidad nativa las provincias de la Grecia: mor-

tandad y ruinas son su huella: las puertas de Sion lanzan gemidos de dolor. Los repugnantes hijos de los Hunnos, los brutales *Oigures*, saquean la Europa oriental y clavan sus tiendas en Bohemia y Hungría. Los Esclavones se apoderan del Adriático y se instalan en las orillas del Vístula. Los Normandos finalmente, los terribles piratas de la Escandinavia, á quienes los árabes llaman *Almajuces* (19), y *reyes del mar* el aterrado Occidente, bajan con misterioso periodismo, como metéoros destructores, de las costas del Báltico por todo el Océano: invaden la Alemania, la Inglaterra, la Francia, y por su desgracia nuestra misma España (20); sus bajeles se abren paso al interior de las naciones por todos los rios: navegan contra las mas impetuosas corrientes; sobrecogen á las poblaciones de sus orillas, embisten de golpe las populosas y ricas ciudades de la marina, y despues de saquearlas, lo llevan todo á sangre y fuego. Sarracenos, Normandos, Esclavones y Húngaros, son como cuatro lanzas que se internan en el cuerpo del moribundo coloso, y llega un dia formidable en que las cuatro razas con sus tiendas, sus carros, sus bosques de picas y sus nubes de volantes flechas, sus bandas polvorosas, su rastro de mieses y aldeas incendiadas y su furibunda gritería, aunque de procedencias tan lejanas, se vienen á encontrar en los montes de la Saboya. No se chocan entre sí, sino que se conciertan para llevarse cada cual arrastrando un giron del rico manto de Carlomagno, abandonando á la deznudez, al estrago y á la desesperacion la tierra que cubria. En tan general desolacion, una sola idea descuella, la de la necesidad de defenderse: esta

idea madre engendra individualidades, y aumenta nuevas agregaciones á los Estados ya harto divididos de la descendencia del grande Emperador. Ciudades, monasterios, castillos, todo cuanto puede ofrecer á los pueblos consternados amparo y proteccion, todo lugar murado y fortalecido, se hace poder independiente; pero la misma necesidad de la defensa abre las puertas á la ambicion, á la indisciplina y á la perfidia. Entonces ve por primera vez la cristiandad obispos y abades erigidos en condes, barones y príncipes, y príncipes y señores convertidos en abades y prelados, que llevan al retiro de los claustros el tráfago y los hábitos de la guerra, de la caza y del libertinage, convirtiendo las estancias abaciales en salas de banquetes, las silenciosas bibliotecas en cuadras para sus peones y caballos, y dán ocasion á la deplorable y secular contienda de las *Investiduràs*. Empezaba fiero y altivo el feudalismo, acompañado de la mas tenebrosa ignorancia. El mismo Papado esperimentaba las crueles alternativas de gozo y de dolor que Dios habia reservado á la cristiandad. Algunos Pontífices sabios y enérgicos, Gregorio IV, Leon IV, Nicolás I, Esteban V, Formoso, Juan IX, Benedicto IV y el gran Silvestre II, sostenian solos el honor del catolicismo; solo las escuelas catedrales de Lion, Orleans, Tours, y las abadías germanas y francesas, daban algunas muestras de la vida prometida á la civilizacion católica. Pero los Hincmaros, Odones y Frodoardos, los Atanasios y Gerbertos, no podian proveer á todo: harto tenian que hacer con combatir la barbarie laical y señorial. Así la nacion que habia sido cuna predilecta de las artes desde la época de Augusto has-

ta la extincion del reino Longobardo, se hallaba en la mayor decadencia: apenas habia en Italia arquitectos ni escultores, ni quien supiese construir una bóveda: volvíase en Francia y Alemania á las rudas prácticas de los Francos merovingios, y se construían de madera la mayor parte de las iglesias. Este es el cuadro que ofrece la Europa durante aquella terrible prueba de dos centurias. ¡El Occidente aterrado al considerar su propia barbarie, exclama con voz agonizante que el mundo concluye!...

Pero hay una nacion que no ha participado de la disolucion general ni sentido el general desmayo: y es la España. La impetuosa hija del trueno, la protegida de Santiago, fuerte en la conciencia de su juventud y en las divinas promesas, ya acostumbrada á acrisolar su fé y su valor en una lucha de dos siglos con las huestes de los Califas, responde á la gran familia conturbada: Aprende de mí á santificarte en la escuela del sacrificio; sigue mi ejemplo, busca la luz de la Iglesia, estréchate con la única institucion que tiene gérmenes de vida eterna, vive de su vida, hónrate con su honra, triunfa con sus triunfos. Aprendan tus reyes y tus nobles las lecciones de mis Alfonsos, de mis Ramiros, de mis Sanchos, de mis Ordoños, de mis condes de Castilla, los cuales ni se acobardan por los reveses, ni ceden fascinados por la magia seductora de las córtes de Córdoba y Toledo.—De este espléndido preludio, duran todavía elocuentes testimonios en los códices y monumentos artísticos de aquel tiempo, brillando los nombres de Beato y Heterio, Paulo Diácono, el Pacense y Sebastian de Salamanca, entre los escritores; y los de Tioda,

Viviano y Gino, entre los artistas. Llega despues el momento en que para salvar á la cristiandad de la hidra de la anarquía y de los excesos del feudalismo, un Pontífice de genio extraordinario precipita la Europa sobre el Asia, amansando las procelosas iras de los magnates el divino emblema de la redencion que pone en sus pechos, y la España, atenta á su consigna, prosigue la maravillosa epopeya comenzada por Pelayo. Figuran en el grandioso panorama peninsular de los siglos XI, XII y XIII, los vencedores de Toledo, las Navas y Sevilla, los reyes magnos, bravos, batalladores y santos, las Urracas y Berenguelas, el Cid, Alvar Fañez, Arias Gonzalo, los condes de Cabra, de Haro, de Minerva y de Urgél, los Fernandez de Castro, los Manriques de Lara y Perez de Vargas, las órdenes militares con la inacabable legion de sus dignos maestres, comendadores y claveros, los fieles adelantados y alcaides, los esforzados adalides, los leales monteros, los sobrios é infatigables almogavares y salagones, los ricos-hombres con sus huestes, los concejos con sus mesnadas; la nacion entera por fin, honrada en sus casas, libre en las villas y ciudades, con sus inmemoriales municipios, sus fueros y behetrías, garantida por sus córtes, y encumbrándose en la esfera de la inteligencia y del sentimiento con sus escuelas y universidades, con su imperecedera poesía popular, con la mágica belleza de sus basílicas, ya bizantinas, ya románicas, ya ojivales, con la encantadora pudicicia de sus imágenes pintadas y esculpidas, con sus sabrosas crónicas, sus monasterios, focos de ciencia, y sus órdenes mendicantes, dechados de caridad. Esta primera época, que abraza un

tracto de seis siglos solo con pasageras interrupciones dedicados á la guerra contra los infieles, halla su fórmula poética en el *Romancero*, cuyos ignorados autores, rudos é ingénuos, nada pretenden saber de letras, y sin embargo nos legan un gran monumento literario, en que se retratan con admirable vivacidad, y con mayor carácter de verdad cuanto mas viejos los romances, todos los elementos del carácter nacional que hemos visto nacer y desarrollarse.

Es curioso ver, Señores, cómo la poesía popular perpetúa entre nosotros la nocion de este singular carácter, exactamente como la consignaron la historia, la leyenda y la tradicion.

Oid á Rodrigo de Vivar, el prototipo de la lealtad castellana, explicar al rey Don Alfonso su conducta despues de haberle estrechado al terrible juramento de Santa Gadea:

Si ayer non vos besé mano,
mi rey, á ello fuí tenudo;
mas agora vos la beso
con todo mi agrado y gusto.
En esto que aquí he fablado
no os he fecho agravio alguno,
que esto debiera al rey Sancho
como leal vasallo suyo (21).

Oidle ahora, víctima ya de la envidia y falsía palaciega,

ca una vegada bregaron
la verdad e la privanza,

cómo responde al injusto rigor del rey que le destierra, devolviéndole beneficios por agravios:

Membradvos rey Don Alfonso
de lo que agora vos fablo,

vos con saña, yo sesudo,
vengado vos, yo agraviado:
que yo fago pleitesía
á San Pedro e á San Pablo
de mezclar, Dios en ayuso,
mi hueste con los paganos;
e si finco vencedor,
poner á vuestro mandado
los castillos y fronteras,
pueblos, haberes, vasallos.

Si bien estas palabras son del siglo XV ó XVI, el carácter pintado con ellas es de toda nuestra historia.

Hasta aquí marchan la sociedad española y sus regidores casi del todo unidos: de aquí en adelante veremos pronunciarse opuestas tendencias entre la masa nacional, fiel á la antigua civilizacion católica, y los que por influjo de extrangeras ideas buscan en exóticos modos nuevas artes y nuevas costumbres.

Llega en efecto un dia en que el rico-hombre de Castilla, abundado en riquezas ganadas á los moros, y contagiado del sensualismo oriental de los vencidos, cuelga en la sala de armas de su castillo la temida partesana, y medita en la posibilidad de entregarse á una vida cómoda y deleitosa, como premio y descanso de su larga y sangrienta cruzada. Y llega despues otro dia en que el descendiente de aquel rico-hombre, ya título y grande en el Estado ó en la Iglesia, Duque, Conde, Obispo ó Purpurado, dueño de pingües haciendas ó rico en metales y joyas traidos del Nuevo Mundo, descansando en sus estados de las pasadas guerras con los Indios, ó con los luteranos y hugonotes, aspira á convertir el severo castillo heredado de sus mayores en suntuoso palacio ó en placentera *villa*. Pues

notad estos hechos: primero, que ni el rico-hombre del siglo XIV, ni el grande del XVI, deben las riquezas que poseen á género alguno de industria de mercader ó fabricante, sino á las conquistas de la fé y de la espada; segundo, que ni uno ni otro magnate consiguen su intento de vivir á lo Califa ó á lo Príncipe italiano, sino valiéndose aquel de alarifes moros, y este de artistas romanos, ó venecianos, ó florentinos. El artista español, primoroso y admirable en su genuino elemento, que es lo piadoso y lo santo, muy poco sabe del voluptuoso arte nazarita, poco entiende de renaciente arquitectura romana. El arte cristiano, fecundo, multiforme, les ofrecerá á ambos devotas creaciones, trazas bien concertadas para iglesias, oratorios ó conventos, portadas de profusa imaginería, retablos con figuras llenas de uncion y castidad, trípticos de delicada talla y rica cinceladura, y aun magníficos sarcófagos por si quieren, arrepentidos, atestiguar con grandeza monumental la nada de las humanas grandezas. Pero alcázares de estilo sevillano ó granadino, estancias palacianas para la vida muelle y regalada, frescos de inverecundas escenas mitológicas para bóvedas y frisos, terrazas y galerías con risueñas decoraciones, baños de misteriosas delicias y mágicos jardines de Armida: no son objetos de que los artífices castellanos puedan proveerles, y no se los facilitarán aunque ofrezcan poner en sus manos en líquido oro los despojos de Axataf y los collares de Atahualpa.

Pídenselos á los extraños, ó se esfuerzan en crearlos ellos mismos, y así desde los siglos XIV y XV ya los reyes Don Pedro el cruel, los Enriques y Don Juan II, secun-

dados por los magnates de su corte, producen en política, en artes y en literatura, acariciando las influencias asiática é italiana, una notable demudacion en la genuina fisonomía nacional. Coinciden aquellos tristes y azarosos reinados con el recuerdo de las antiguas monarquías paganas, inoportunamente evocado por aquella nueva escuela que se inaugura con la traduccion del *Tito Livio* y de la *Caida de Príncipes:* enciéndese con ímpetu hasta entonces desconocido el fuego de la ambicion en el pecho de los monarcas, y el de la sedicion en el de los nobles; la tiranía fomenta á su vez este mismo espíritu en el pueblo, y la necesidad de nuevos goces en todas las clases abre horizontes vedados y funestos á la sociedad española. Cuando Don Pedro de Castilla haya dado el ejemplo de vivir á la usanza oriental en sus alcázares de Sevilla, y acostumbrado á los grandes de su reino á descender sin empacho hasta el lenocinio y á doblar sus vilipendiadas frentes ante la poligamia régia y el mas sanguinario despotismo, entonces pretenderá en vano el gran Canciller Lopez de Ayala remediar como poeta con su *Rimado de Palacio* el mal que sin sospecharlo causó como historiador, y las artes del deleite, fecundas aduladoras de los tiranos y de los magnates sediciosos, cubrirán de fantásticas creaciones las córtes de los reyes y los estados de los ricos-hombres. En los embalsamados palacios moriscos correrá abundante la vena de la *gaya ciencia* liviana, conceptista y afeminada: la bella literatura, ya que no licenciosa como en otras naciones, producirá en España frívolos *Cancioneros*, porque hasta los paladines de mas pujante brazo vivirán en *Infiernos de amor* y suspirarán

todos como el amartelado Macías. Y en las guerras, justas y torneos, sucederá al espíritu cristiano, enérgico, noble y un tanto adusto, de la genuina caballería española, el de aquella otra caballería artificiosa y quijotesca que respiran los extravagantes hechos del *Paso honroso*, del *Seguro de Tordesillas*, del conde Don Pero Niño y de Don Alvaro de Luna.

Era menester volver á encarrilar el genio y el sentimiento extraviados durante los siglos XIV y XV, y esto lo logró una inmortal reina católica, fiel intérprete de la verdadera mision de su pueblo, dando cima á la secular empresa de la unidad de religion, y favoreciendo el tránsito de España de la juventud bulliciosa y arrebatada á la virilidad madura. Bajo el reinado providencial de Isabel y Fernando, pasa en efecto nuestra sociedad del período de concentracion al de expansion; de la defensa á la propaganda, de la resistencia á la iniciativa, de la protesta al triunfo. Voy, pues, á la segunda época que me propuse bosquejar rápidamente, la cual termina en el siglo de Felipe IV.

Este ciclo de nuestra historia es del todo singular. Los reyes católicos, triunfando de la hidra de la anarquía, como triunfaron siempre en España todos los monarcas que siguieron una política francamente nacional, hallan el equilibrio de los poderes. Todo á la sazon tendia al equilibrio: Colon, triunfando del espanto del Océano, hallaba tambien el equilibrio del mundo. En Italia y en Francia el llamado *renacimiento* se declara neoplatónico y epicúreo: allí las Academias y Universidades derriban los simulacros del escolasticismo, sustituyen el busto de Platon ó de Luciano á

las imágenes de Alberto el grande y del *Angel* de Aquino, y las letras se manchan con las obscenas fábulas del *Liber facetiarum* y del *Hermaphroditus.* En España ese renacimiento es en su espíritu, y casi en su forma, enteramente católico, y la imprenta, que en manos de los eruditos de Pisa, Roma y Florencia, sirve para propagar por la cristiandad el Boccaccio y el Lucrecio, se emplea en el célebre Colegio de Alcalá, fundado por el cardenal guerrero é inquisidor, en el grandioso monumento de la *Biblia Complutense.* Hubo sin duda exageracion en sentido opuesto al renacimiento italiano y francés: hubo desnivel en nuestra antigua y libre constitucion por la preponderancia del elemento clerical y letrado: desnivel que producirá al fin su triste fruto bajo los últimos Felipes y el menguado Cárlos II. Sírvanos de modelo lo bueno de aquel período, y no imitemos sus defectos.

La exaltacion de los dos sentimientos monárquico y católico sube de punto é impele á España fuera de sus fronteras. Ante la idea de dominacion universal que la embarga, satisfecha con la ilusoria esperanza de que reciba de ella el mundo

Un monarca, un imperio y una espada, (22)

renuncia por esta peligrosa causa la de sus antiguas libertades, y se deja arrebatar aquellas seculares garantías en la candorosa embriaguez de sus triunfos. El Cesarismo austro-hispano, sin embargo, no pudo ser corruptor en la esfera de las costumbres; y si bien las artes del deleite venian haciendo desde Cárlos V tentativas para desnaturalizar la

genuina civilizacion española, poniendo de maestra la seductora musa italiana, ya filosófica, ya erótica, ya bufona, este extravío fué en breve reprimido por su misma impopularidad en la patria severa é impasible de los *autos sacramentales* y de los *autos de fé*, y en lo sucesivo el renacimiento del Pirineo acá permaneció fiel al genio de la nacion. Pudo triunfar en las artes y las letras la forma extrangera en la larga contienda que tuvo que sostener con la antigua y sóbria forma española; pero quedóle á nuestro fondo y carácter tan asegurada la victoria, que con haber producido España bajo la dinastía de Austria á centenares los ingenios de alto linage, ni supieron los poetas arrancar sonidos castizos de la lira de Ovidio y de Tibulo, ni los escultores dar al mármol como el Cellini la morbidez de las líneas femeniles, ni un Velazquez, á pesar de su sorprendente *naturalismo*, rivalizar con el Veronés y el Tiziano en el arte de reproducir en el lienzo las gracias que adornan á la madre del amor y de la hermosura. Puede decirse que España inventó para su peculiar renacimiento nuevas y austeras formas. Dista en efecto del Tasso y del Ariosto nuestro Ercilla, cuanto distan de Miguel Angel y Rafael nuestros Berruguetes, Vargas y Becerras; y cuanto va de la elegante y ligera arquitectura bramantesca, á la arquitectura severa, desnuda y maciza del Escorial.

Señores, hasta las letras y las ciencias están sujetas á la dictadura de la moda. Hoy se estila anatematizar el período austriaco de nuestra historia, y las acusaciones de intolerancia religiosa, fanatismo y tiranía, pesan como una irrevocable ejecutoria, como una losa sellada, sobre los

lauros de Cárlos I y Felipe II. Mucho me maravilla en verdad que no se comprendán en la misma condena las letras y las artes, que son la expresion estética del estado social del siglo XVI. Somos sin duda inconsecuentes, ó al condenar aquella política y aquella religion somos extrangeros en nuestra patria. Lejos de mí el desear hoy para ella el régimen político de aquel tiempo, y menos aún el sangriento sistema con que entonces se injurió al divino Fundador de una religion de paz y de amor, creyendo servirla y enaltecerla; pero es porque tampoco deseo que volvamos á vernos en aquellas terribles circunstancias. Horrorosa fué la Inquisicion: á su solo nombre el corazon se hiela de espanto; pero ¿era quizá menos pavorosa la empresa del Protestantismo, que golpeando el edificio de la autoridad religiosa, conmovia en sus fundamentos la cuádruple gerarquía del padre, del sacerdote, del rey y del Pontífice (23)? No ignoro que para persuadir aquella fé que quiere Jesucristo como obsequio de la razon, son malos argumentos los calabozos y las hogueras; pero tampoco son silogismos los cañones, y sin censura los emplean los Estados para hacer triunfar ideas. Por otra parte, ¿fué acaso rémora el sistema de la casa de Austria para que el genio español se remontase en la via de lo grande, de lo bueno y de lo bello, hasta una altura que luego nunca ha alcanzado? No impidió, nó, á Garcilaso el temor del Santo Oficio, el encontrar «aquella lengua que sin duda escogerán las musas »todas las veces que hubieren de hablar castellano (24).» No le estorbó al *divino* Herrera para aprender con perfeccion las lenguas griega y latina, y leer todo lo bueno de la

antigüedad griega y romana (25), y escribir versos que el Tasso ponia sobre su cabeza (26). ¿Quereis para vuestra patria bella y elevada poesía filosófica? ¿quereis magnificencia en la diccion y verdad en el pensamiento? Pues oidle:

Aquel que libre tiene
de engaño el corazon, y solo estima
lo que á virtud conviene,
y sobre cuanto precia
el vulgo incierto su intencion sublima,
y el miedo menosprecia,
y sabe mejorarse,
solo señor merece y rey llamarse.

Recordad las soberbias canciones á la muerte del rey Don Sebastian y á la victoria de Lepanto, en que la poesía castellana traspasa la esfera de Homero y Píndaro y se eleva á la region inundada de luz y fuego del rey Salmista y de los Profetas. Traed á la memoria las odas de Fr. Luis de Leon, émulo de Horacio (27); las silvas y epístolas de Rioja, Virgilio español; las octavas de Ercilla, que supera á Lucano y rivaliza en facilidad y en abundancia con Estacio: y decid si la musa española del siglo XVI, grandilocuente, canora, sublime, estóica, marcial y religiosa, veraz y casta, no corresponde admirablemente, á pesar del sistema represivo de los inquisidores y legistas, al alto destino del arte en la humana sociedad.

Si no me llevára demasiado lejos el paralelo, yo demostraría cuán malparada salió la moral privada y pública de las deslumbradoras córtes de los Médicis y Farnesios, de Francisco I y de los últimos Valois, de Enrique IV y de Luis XV, en que renació el epicurismo antiguo en artes, en letras y en filosofía, bajo las maravillosas concepciones

de una extraviada pléyada de genios que no cabe en los límites de mi discurso ni reseñar siquiera. No se necesita un grande esfuerzo mental para descubrir el oculto vínculo que liga, del décimoquinto siglo acá, los grandes acontecimientos de todos sabidos, con las pequeñeces en que apenas paramos mientes, y que sin embargo son, como decimos hoy, accidentes gráficos de mucha significacion, solo en la apariencia casuales. Yo podria, evocando fáciles recuerdos, cubriros el espacio de deliciosos objetos de arte, italianos, franceses y flamencos, y en que nunca sobresalió nuestra España, y establecer los misteriosos hilos galvánicos que unen los simples camafeos de Valerio Vicentino y Juan Boloñés con la funesta pasion por la antigüedad de Rienzi y del Petrarca; los licenciosos sonetos del Aretino con los crímenes de los Borgias; las esmaltadas porcelanas de Bernardo Palissy y los caprichos ornamentales de German Pilon y del Primaticio, con las calamitosas empresas de la Francia en Italia, con sus intestinas y sangrientas guerras de religion; y las primorosas vajillas cinceladas que llevaban en sus manos, con el seno descubierto y el cabello tendido, las damas de París en los banquetes de la madre de Enrique III, con los repugnantes vicios de la Regencia, con el Volterianismo y con la Revolucion. No hay en la vida de los pueblos innovaciones aisladas: una suprema economía preside á las vicisitudes de todas las cosas humanas, y el historiador que no descubre la secreta correspondencia de unas con otras, carga su memoria de hechos tan inútiles para él como el fardo de mercancías para el camello de la caravana.

Es ya tiempo de resumir.

Era la monarquía española, despues del terrible escarmiento del Guadalete, un puñado de hombres: tan mísera y pequeña al parecer, que la sombra de una nube errante podia cubrirla. Su fé, su instinto monárquico, su espíritu de libertad é independencia, la dieron tal vida y crecimiento, que en cuatro siglos se estendió hasta el Tajo, y luego en otros dos reflejó en el Guadalquivir la diadema crucífera de sus reyes. Detúvose en mal hora á descansar de su noble cruzada en las viciosas vegas andaluzas, y la sobrecogió un sueño que duró cerca de dos siglos, y con el sueño una horrible pesadilla de fratricidas y sangrientas discordias. La despertó una gran reina haciéndola saltar como robusto leon sobre la presa Granadina, y dueña ya de toda la Península, se consagró á hacer florecer las letras y las artes cristianas, terminando aquí el período de su gradual y hermosa constitucion. Á este período siguió el de la expansion y propagacion. La que ántes solo habia atendido á fortificarse y defenderse, ahora se consagra toda á llevar á lejanas tierras y extraños climas la fé por la cual hizo tantos sacrificios. La monarquía á quien una nubecilla envolvia en sombra, es ya tan grande, que el sol gira en torno de ella sin hallar ocaso. Durante uno y otro período el carácter de la civilizacion española permanece siempre el mismo: cuál lo describieron Estrabon y Plinio, cuál lo testificaron tenaces y estóicas campañas, cuál lo definieron los toledanos concilios, así lo hereda el Cid, así lo recibe San Fernando, así los Reyes Católicos; y así lo trasmiten las córtes españolas y los códigos, los fueros y las costumbres,

los monumentos de la literatura y del arte, á las generaciones venideras. Así lo sentimos nosotros mismos dentro de nuestras almas; y así se verifica que el genio español, para las artes del deleite rudo y desmañado, sin delicadeza y sin gusto, se alza de repente con toda su magestad y viveza, cuando los que son llamados á darle impulso saben interpretar sus instintos y le ofrecen ocasion de satisfacerlos. Por eso al comenzar el presente siglo, vió el árbitro de Europa levantarse España tan entera para defender su independencia; por eso acabamos de verla, al lanzarse á la Libia con desprecio de las iras del Averno para *cobrar el censo de africana sangre* (28) que le era debido, sugiriendo á sus guerreros hazañas dignas de mármoles y bronces, y arrancando á las liras de sus poetas, en toda la variedad de sus timbres y modos, ecos dignos del grandioso himno nacional que hace cuatrocientos años entonaba el inspirado Juan de Mena:

¡Oh virtuosa, magnífica guerra,
en tí las querellas volverse debrían,
en tí, do los nuestros muriendo vivian
por gloria en los cielos y fama en la tierra.
En tí, do la lanza cruel nunca yerra,
ni teme la sangre verter de parientes:
revoca concordes á tí nuestras gentes
de tanta discordia y tanta desferra! (29)

¿Porqué, pues, nuestra nacion, despues de estos nobles arranques, vuelve á su moderna apatía? ¿Porqué nuestra filosofía es alemana ó francesa? ¿Porqué se nutren de teorías inglesas y francesas todos nuestros partidos políticos? Sí, extrangera es nuestra sabiduría: francesa nuestra literatura, francesas nuestras costumbres, francés ó sea lo

que fuere, es decir, cualquiera cosa menos español, nuestro arte, merced al cual contemplan con rubor nuestras hijas las paredes de las públicas Exposiciones tapizadas de Venus, Bacantes y Odaliscas, que, como fruto exótico, solo con violencia producido, sobre carecer de todo sabor clásico, ostentan un naturalismo crudo y grosero.

Este fenómeno es fácil de explicar. La postracion en que cayó el pais bajo la funesta política de Felipe IV y Cárlos II, nos hizo mirar como un inmenso beneficio la cultura transpirenáica que nos trajeron despues. Desde entonces venimos siendo satélites de las naciones extrañas, alucinados por el señuelo de la libertad que ellas expenden, y que confundimos con nuestras antiguas y venerandas libertades. Tiempo hubo, y no muy lejano, en que estuvimos á punto de recibir nuevas instituciones de un famoso publicista inglés que puso en Lóndres fábrica de códigos para todos los pueblos (30).

Voy, Señores, á concluir. La filosofía pagana es la encargada del desarrollo de las inteligencias en Europa, y á pesar de las lecciones que la historia antigua y moderna ofrecen, se cree hoy posible renacer al naturalismo y racionalismo clásico sin caer en la clásica corrupcion de las costumbres. No piensan las grandes naciones que Dios tiene siempre bárbaros para castigar á los sibaritas, y miopes para los hechos de ayer cuanto perspicaces para los deliciosos extravíos de hace dos mil años, se olvidan de aquel terrible mónstruo que, á fines del pasado siglo, rugió hácia los cuatro vientos é inundó la monarquía de Clodoveo y de San Luis en sangre de humanas hecatom-

bes mezclada con el espumoso vino de las bacanales. ¡Pero es muy galana la arquitectura de Corinto y Delfos; es grande la magestad del Coliseo y del Capitolio; son bellos los frisos del Partenon; es dulce la vida del anfiteatro, del baño y de la villa, de Versalles y de Fontainebleau!... ¡hay tantas emociones en las orgías de carnaval de la Grande Opera!... Pues renunciemos en tal caso á la civilizacion del cristianismo, porque con la ley del deleite y del orgullo mal se compadece la ley de la mútua abnegacion y del propio sacrificio; y renunciemos á la humana dignidad, porque aquella libertad santa que tiene la palabra de Dios por égida contra la humana tiranía, es incompatible con la mentida libertad, que en su veleidosa omnipotencia otorgan los Césares y los falsos patriotas á las naciones de ánimos eunucos, y que patriotas y Césares caprichosamente arrebatan para erigir en su lugar Bastillas y guillotinas. Cristianismo y naturalismo son ideas contrarias, y contrarios, por consiguiente, naturalismo y verdadera civilizacion. Así lo comprendió nuestra España en sus mas grandes y bellos dias.

NOTAS.

(1) No sin conocimiento de la ingeniosa defensa que hace de Horacio el erudito Don Javier de Burgos en sus notas á la Oda VII del Lib. I, aplico este adjetivo al célebre poeta Venusino. La lectura de sus Odas y Epístolas prueba más que la generosa disculpa de su sabio y naturalmente apasionado traductor.

(2) Séneca. *Epist.* 114; *De Provid.*, 111.

(3) Tácito. *Anal.*, lib. XV, 37.

Léanse sobre la corrupcion del mundo romano las bellísimas páginas de M. Villemain, *Mélanges*, t. III, p.s 201 y siguientes; la excelente obra de M. Dezobry *Roma en el siglo de Augusto*, y á M. Troplong en su interesante tratado *De l'influence du Christianisme sur le droit civil*, etc.

(4) El tráfico de las conciencias era cosa pública y corriente: *Ammonius, legatus regis*, escribe el famoso orador á Léntulo, *apertè pecuniâ nos oppugnat.* Los fallos de los jueces son tambien pública mercancía: *De Proculio rumores non boni*, escribe á Ático, *sed judices nosti... De Pompei mira contentio judicum sordes*, etc. Ni eran menos escandalosos los perjurios. «Los »cónsules, dice al mismo, han perdido su reputacion desde que Memio ha »leido en pleno Senado el convenio que él y su competidor hicieron con »ellos. Segun este pacto, si los cónsules lograban que aquellos fuesen designados para el año próximo, ellos les darian cuatrocientos mil sextercios, ó »les preporcionarian tres augures que atestiguasen haberse hallado presentes á la formacion de la ley *Curiata* (que ni siquiera ha sido propuesta), y »además dos consulares que depusiesen haber asistido á la firma del *senado-»consulto* que regula el estado de sus provincias (y que tampoco ha tenido »lugar).» Ad Attic., lib. IV, 18.

Habia en la costa del Adriático un pequeño municipio donde menudeaban los divorcios, los incestos, las falsificaciones y fraudes, los envenenamientos, los cohechos y los parricidios. Esta abominable corrupcion no aparece exteriormente en el risueño y magnífico cuadro del arte y de la poesía; pero se descubre en el mas verídico panorama de la oracion que el jurisconsulto de Arpino pronunció en defensa de Cluentio.

(5) Marcial. *Epigr.* I, lib. IX.

(6) «¡Oh prodigio del ingenio, esclamaba escandalizado el naturalista de

»Como, de cuántas maneras hemos hecho crecer el precio de las cosas! Al »oro y la plata hemos añadido el valor de la escultura, y el arte es nuevo »incentivo al vicio. ¡Esculpimos en nuestros vasos imágenes libidinosas, y »cuando nó por sed, bebemos por lascivia!» *Hist. nat.*, lib. XXXIII, en el preámbulo.

(7) *Mores, leges et ritus omnium gentium* por J. Boemo Aubano, lib. III, cap. 22: compilacion excelente de cuanto escribieron sobre España los mas antiguos historiadores griegos y latinos.

(8) Oda XX, lib. II, traduccion de Burgos.

(9) *De Bell. pun.*, lib. III.

(10) Cán. 36.

(11) Cán. 5.

(12) Séneca. Epíst. 32.

(13) Durante la persecucion de Diocleciano se atribuyó al Papa Cayo un supuesto parentesco con este príncipe.

(14) Expresion de San Gerónimo.

(15) Sobre las diversas clases de *Plácitos* de los pueblos septentrionales puede consultarse el Glosario de Ducange, art. PLACITUM: el lector verá en él la division que acabamos de consignar, de plácitos generales y particulares, públicos y privados, mayores y menores, que responde á la actual diferencia entre el poder legislativo y la autoridad judicial. En los plácitos generales y públicos se congregaban todos los órdenes ó brazos para tratar de los negocios graves del Estado; en los particulares ó menores, que celebraban el rey, ó el obispo, ó el señor, en el palacio, en la iglesia, ó en el castillo, ya en lugar abierto, ya bajo los árboles, ya ante las puertas de los campamentos, etc., solo se administraba justicia. Lo mismo sucedia en el *Mallo*. V. este art. en el cit. Glos.

(16) V. al Conde de St. Priest en su *Histoire de la Royauté.*

(17) El P. Félix, en su excelente obra *Le Progrès par le Christianisme:* Conferencias de 1859.

(18) Véanse acerca de la idea profundamente religiosa que impulsó á Colon en el descubrimiento del Nuevo Mundo, la correspondencia, los diarios y las meditaciones de este grande hombre, en la *Coleccion* etc. de Navarrete; y las acertadas reflexiones de Ticknor, *Historia de la Literatura española*, traduccion de los Señores Gayangos y Vedia. T. I, Ep. 1.ª, Cap. X.

(19) De la voz árabe *majus* ó *almajús*, derivacion de la griega *magos*, vienen los vocablos *almajuces*, *almozudes* y *almonides* con que designan á los piratas escandinavos nuestras antiguas crónicas. Acerca de sus periódicas invasiones en los siglos IX y X, consúltense la interesante obra de Depping, *Historia de las expediciones de los Normandos*, tomo I, p. 96, y la *Historia de las Dinastías mahometanas* etc. de Almakkarí.

(20) V. en la obra RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA nuestro tomo de *Sevilla y Cádiz*, cap. V.

(21) Romance 810 del ROMANCERO GENERAL del Sr. Duran.

(22) Poesías de Hernando de Acuña.—Soneto.—ap. Ticknor. *Hist. de la lit. esp.*, t. II, cap. I.

(23) La existencia de estas cuatro autoridades es, como se dice hoy, solidaria; el que destruye una de ellas, las destruye todas. V. la exposicion de esta verdad en la 3.ª de las bellísimas Conferencias predicadas por el P. Félix en la Catedral de París en 1859.

(24) Juicio del maestro Francisco de Medina.—Prólogo á las obras de Garcilaso de la Vega.

(25) Relacion de la vida de Fernando de Herrera por Pacheco.

(26) Así lo referia Alonso de Salinas.

(27) No de Horacio epicúreo, sino de Horacio adepto de Epicteto.

(28) Cancion de Herrera á la pérdida del rey Don Sebastian, al fin, donde con acento profético anuncia el poeta á la Libia,

Despedazada con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

(29) Trescientas: *Orden de Marte:* cop. 153.

(30) Jeremías Bentham: *Essais sur la situation politique de l'Espagne:* correspondencia curiosísima con el conde de Toreno, acompañada de tres *Ensayos políticos*, en que dá cuenta el autor de su *Código universal*, de sus consejos á las Córtes españolas del año 1821, y de sus esperanzas en los patriotas del famoso club de *la Cruz de Malta*.

CONTESTACION

POR

EL ILMO. SR. DON ANTONIO CAVANILLES,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

SEÑORES:

En este solemne instante en que la Académia abre sus puertas al Sr. D. Pedro de Madrazo, permitidme que me complazca en ser intérprete de los sentimientos de esta docta Corporacion, y que la felicite por la eleccion acertada que acaba de hacer. Breves palabras saldrán de mis labios, que no vengo á seguir paso á paso al nuevo Académico, ni á pronunciar un discurso, ni á vigorizar con nuevos fundamentos la tésis que sustenta. Siguiendo ejemplos ya del propio, ya de estraños paises, me limitaré en este dia á presentaros al nuevo candidato, con quien me unen vínculos de antigua amistad, á señalarle el puesto que debe ocupar entre vosotros, y, al estrecharle la mano, á recordarle las obligaciones que contrae al sentarse en este recinto.

La muerte va rompiendo nuestras filas; van desapareciendo de entorno nuestro varones beneméritos que han consagrado su vida al estudio, y la Académia, que sabe lo que debe á la patria, que sabe lo que se debe á sí misma, ha tratado de rejuvenecerse, y busca la mayor parte de los reclutas, en la juventud esperanza del porvenir.

El Sr. Madrazo no es un hombre nuevo desconocido en las letras, y no hemos necesitado pedirle sus títulos, ni pudimos dudar de sus conocimientos, de su aplicacion constante, de su buen gusto literario. En el ancho campo de las apreciaciones históricas, en las multiplicadas ramas del árbol de la ciencia, hay puntos á que los antiguos daban menos importancia que la que reclaman en el dia. Las artes que nos conservan la civilizacion antigua, que nos revelan la existencia de épocas remotas, el genio de los hombres, la procedencia de las diversas razas, la razon de sér de los Estados, obtenian atencion secundaria, y no figuraban en primer término. Esta parte del saber merece la atencion del Sr. Madrazo que, educado á la vista de lo bello y acostumbrado á distinguir los monumentos de las diversas edades, puede prestar importantes servicios á las letras y á las artes, ligadas hoy mas que nunca con vínculos muy estrechos.

Se lamenta, Señores, el nuevo Académico de haber dejado los pinceles por los libros; mas acaso ¿pinta menos la palabra? ¿La imaginacion no crea? ¿la espresion feliz no dá colorido? ¿gozamos menos al leer los versos de Homero que al ver los cuadros y estátuas que representan los hechos que nos refiere? Un ateniense dijo á Fidias, asombrado al ver por primera vez la estátua de Júpiter: Hombre admirable, ¿dónde has visto á Júpiter? ¿subiste acaso al Olimpo? y Fidias le contestó: Le he *visto* en cuatro versos de Homero.

¡Qué cuadros tan bellos no pinta la poesía! Y la prosa, la humilde prosa, cuyo difícil ritmo conocen pocos, ¿no pinta tambien? Y estos cuadros no se limitan á la estrechez de un museo, ni están espuestos á ser colocados á mala

luz, ni á que se alteren sus tintas, ni á la fragilidad de un lienzo, ó de una tabla. Feliz el hombre, llámese Newton, Shakespeare ó Chateaubriand, Luis Vives, Cervantes ó Mariana, que desde el retiro de su estancia sabe hablar á la humanidad, instruirla, conmoverla; que consigna en frágil papel la idea que recorrerá el mundo y sobrevivirá á la ruina de los imperios. No, no lamente el Sr. Madrazo haber dejado los pinceles, cuando pinta tan bien con la palabra; los pinceles no salen de su familia; hay en ella quien sabe enaltecer y agrandar los heredados timbres.

Habeis oido, Señores, al nuevo Académieo manifestar en la primera parte de su discurso, que las artes denotan cultura y no civilizacion, y ensanchando sus ideas os ha presentado las grandes obras del arte creciendo en tiempos de la mayor perversion moral. ¿Y cuál fué la causa de tan dolorosa verdad?

Consistió, Señores, en la falta de proporcion y de nivel en aquellas sociedades entre lo espiritual y lo material, entre el cuerpo y la inteligencia. No convergian los rayos á su verdadero foco: las artes representaban el bello material *pulchrum* y olvidaban el bello moral *bonum*. No veían mas que al hombre físico, ni trataban mas que de halagar á los sentidos. Grecia entusiasta produjo esos modelos que coexistieron con la degradacion de costumbres, pero que no la causaron; modelos que han sobrevivido á sus ciudades, á sus imperios, á sus héroes, á sus dioses; modelos que nos entusiasman hoy, despues de tantos siglos, porque no necesitamos tener mente pagana para admirar las obras del paganismo.

Cuando renacieron las artes se consagraron á la reli—

gion, y recordando los nombres de Rafael y Miguel Angel, astros de primera magnitud, reconozcamos que se asocian siempre al pensamiento dominante en el pais en que nacen y prosperan. Las artes, Señores, no causaron la degradacion moral de las antiguas sociedades; ésta reconocia otro principio; no pudieron impedir el mal, no estaban llamadas á eso. No culpemos á estas hijas del cielo, culpemos á la impotencia de la filosofía pagana, al sensualismo, al individualismo y á los diferentes vicios qne trabajaban á aquellas sociedades. Y hoy que florecen las artes en nuestro suelo, deseemos que se asocien al gran pensamiento de reconstruccion social, que sirvan y no manden, que recreen y no deleiten, que ilustren y no corrompan; y colocadas dentro del círculo de su accion, pero con toda la libertad que necesita el genio, veremos cómo cumplen los fines del Criador, y no temamos la barbarie moral porque renazcan Apeles, Fidias y Parrasios.

Si las artes, alboreando entre nosotros, no siguieron la escuela naturalista, ó mas bien formalista, no era falta de genio en nuestros artistas, que el genio es planta indígena en España; no fué por falta de imaginacion, harto lozana y exuberante en nuestro pais; reconoce otro principio, se debe á otra causa. Entre nosotros, como ha indicado el nuevo Académico, tuvo mas secuaces la filosofía estóica que la secta de Epicuro. El nombre de este último filósofo (tal vez calumniada ó cuando menos exagerada su doctrina) ha llegado á nosotros como el de un representante del ateismo y apologista de la sensualidad y del deleite. Las artes, imitacion de las ideas recibidas, debian resentirse de este mal influjo en otros paises; pero en España no hubo sectarios

de Epicuro, ó cuando menos, ni se designaban con este nombre, ni ostentaban estas máximas, ni formaban escuelas, como sucedia en Inglaterra en la córte voluptuosa de Cárlos II, y en Francia en la de Luis XIV.

En España, antes del cristianismo, estaba arraigada la filosofía estóica y Cenon y Cleanthes tenian admiradores y discípulos. Secta importada en Roma; doctrina que profesaron Séneca, Marco Aurelio y Epitecto, presentada con tanto brillo por Ciceron en su célebre tratado de los deberes. Ya por el carácter grave y profundo de nuestra nacion, ya por la influencia que ejercerian las familias patricias, que se trasplantaron y aclimataron en nuestro pais, los españoles preferian la doctrina estóica que, mas severa, predicaba que la virtud era el sumo bien y el vicio el único mal. Preparados con este cimiento acogieron con gusto la idea católica y recibieron con entusiasmo la buena nueva. No, no se mancharon las manos de nuestros artistas ni los ojos del pueblo con las imágenes de la voluptuosidad ni del deleite; y nuestras artes representaron no el materialismo sensual, sino la idea religiosa, el sentimiento moral puro, el ascetismo. Nuestras Catedrales están vivas para demostrarnos cómo se comprendia entonces la idea del arte cristiano, la inspiracion, la profundidad del pensamiento religioso. En ellas, y en los desiertos monasterios, vimos, como en un museo, reunidas las demás artes, la pintura y la estatuaria, produciendo modelos que hoy buscamos para estudiar con la historia del arte, la historia de la civilizacion. Los pueblos escriben en piedra, materializan sus ideas: los monumentos son sus libros, sus crónicas, sus poemas. Desde el dolmen celta hasta el arco ojivo, desde la imitacion del

Partenon hasta la arquitectura mudejar. ¡Cuán diversas civilizaciones!

Entrando despues el nuevo Académico á investigar los principios constitutivos de la sociedad española, reconoce que la grandeza de nuestra patria y su especialidad en la historia, se deben á los sentimientos religioso y monárquico, y al espíritu de independencia tan fuerte en nuestro pais. Es cierto, Señores, la Cruz, el Cetro y la independencia han sido las bases sobre que se ha constituido nuestro pueblo. Cuando estos elementos marchan de consuno, el Estado prospera; cuando faltan el equilibrio y el nivel, ya lo habeis oido, la independencia se convierte en agresion, el celo religioso en fanatismo, y el espíritu monárquico en tiranía.

La especialidad, si especialidad cabe en las diferentes naciones, ha sido en España la constante tendencia á la unidad en medio de tantas condiciones de alejamiento y diversidad. Nacidos de razas tan distintas, en contínuas guerras, con territorios tan accidentados, con tantos idiomas, con tan varia legislacion, con tan diversas costumbres, parecia imposible venir á un acuerdo, formar la entidad, constituir el Estado. Fué trabajo de los siglos, costó mucho hacer hermanos pueblos que eran rivales, y convertir en provincias reinos tan poderosos é independientes. Hoy este fenómeno no se nos presenta con toda su antigua dificultad, hoy que mandamos á la materia, que las ciencias unen por la sabiduría todos los paises, que la industria y el comercio los enlazan, que el vapor anula la distancia y la electricidad el tiempo. El hombre que vivia holgado en estrecho recinto ya no cabe en el mundo; ni los montes, ni los rios son límite á los imperios, la idea vo-

lando por los alambres recorre el orbe, no la detienen las diferentes latitudes, y ha entrado en los designios de la Providencia que la humanidad entera viva la misma vida y repose en las mismas bases.

Mas esta nueva manera de ser, impone nuevos deberes. Los problemas de los presentes siglos son muy difíciles de plantear, muy difíciles de resolver. Mal planteados, ó mal resueltos, conducirán á la humanidad á un desórden espantoso; y cumple á los hombres ilustrados de todos los paises dirigir y no contrariar el movimiento, y á los gobiernos cumple impedir que los pueblos fascinados busquen sombras en vez de realidades y se desvien del camino del órden y de la justicia.

Para esto el Sr. Madrazo, con la historia en la mano, nos ha presentado los tres elementos que constituyeron la antigua Monarquía, que deben ser los puntos cardinales de la nueva. El espíritu religioso, freno del hombre interior y base de toda civilizacion; el espíritu monárquico, representacion de la unidad, de la fuerza y de la grandeza; y el espíritu de ilustrada independencia tan distante del aislamiento como de la agresion. Ellos nos hicieron grandes y poderosos en los tiempos que refiere el nuevo Académico y nos harán grandes y poderosos en los tiempos modernos. Hé aquí, Señores, uno de los mas importantes deberes de la historia; aleccionar á los siglos futuros con el ejemplo de los pasados.

El espíritu religioso debia cambiar la faz del mundo. Observad al cristianismo aboliendo la esclavitud, elevando la dignidad del hombre, ennobleciendo la mujer, haciendo de toda la humanidad una familia, conciliando la fuerza del



poder con la proteccion á los débiles, y procurando la cultura y la civilizacion de los pueblos. Vedle, convertido en hecho, dirigir al hombre, suavizar las costumbres, humanizar la legislacion, purificar la moral y sacar á la sociedad del período de degradacion y decadencia en que se hallaba. Representando al cristianismo, contemplad entre nosotros á los hombres mas eminentes por su virtud y sus letras, congregados en frecuentes concilios cuyos cánones hoy mismo nos llenan de asómbro y de admiracion, y son timbres para la Iglesia española. Los hombres mas sabios y mas santos ejercian el ministerio episcopal, y no les preguntaban los altivos Godos si procedian de familia romana, ó si venian de humilde linage. Para el clero hubo muchos siglos de combate ya contra el arrianismo, ya contra el judaismo, ya contra los sectarios de Mahoma; mas de la misma lucha brotaba la luz, y solo cuando la paz enervaba los ánimos, hubo períodos de decadencia y de abatimiento. Preceden siempre á los tiempos de degeneracion religiosa, tiempos de ignorancia: el clero fué santo cuando fué sabio; cuando se amortiguaron las letras decayó la pureza de las costumbres. Fenómeno no bien estudiado, no bien comprendido, no bien presentado; empero abrid la historia, y encontraréis la prueba en todas las épocas enfermas de nuestra nacionalidad.

La monarquía, símbolo de la fuerza y de la unidad, fué otro de los elementos de grandeza de España. Tuvimos reyes santos, reyes sabios, reyes guerreros, reyes políticos. En ningun pais estuvo el trono mas cerca del pueblo, mas en armonía con sus costumbres. La buena fé exige que para juzgar en esta materia se estudien bien las diferentes

épocas, sus costumbres y sus ideas, sus virtudes y sus vicios: El estado contínuo de guerra, la laboriosa transicion de un período á otro, las minoridades turbulentas, todo hay que tenerlo en cuenta para admirar el esfuerzo que fué necesario para elevar la Cruz en Granada, unir la monarquía, descubrir un mundo y adquirir los vastos dominios de Motezuma y de los Incas.

La independencia no denota entre nosotros aislamiento y retraimiento agreste, no. La independencia del territorio es nuestra primera necesidad, pero no la única: necesita siempre nuestra gente sacudir en el esterior todo yugo, toda opresion moral, y en el interior ser fuerte y considerada. Considerada, sí, porque los hombres de nuestros campos que vivian la vida del municipio, y estaban de contínuo peleando contra el moro, y usaban la espada al tiempo que la esteva, soportarian mal la abyeccion en que vegetaban, en el resto de Europa, los esclavos del terruño.

Nuestra nobleza ha sido siempre popular, nuestro pueblo siempre ha sido noble, y sino véase cuán diverso era el feudalismo de Castilla, y aún el de Cataluña, del Francés y del Aleman. Y al ver que con aire compasivo estrañas gentes nos recuerdan la antigua intolerancia, como si hubiera sido esclusiva de España, decidles los crímenes con que se ensangrentaron Inglaterra y los Paises Bajos, la horrible noche de San Bartolomé, y mostradles la sentencia del Parlamento de París que condenó al Canciller de L'Hopital á ser quemado vivo por brujo. El tribunal era distinto, el espíritu de la época el mismo. La historia recoge estos hechos no para lastimar la reputacion de las pasadas edades, sino para que sirvan de enseñanza á las venideras;

y á nosotros cumple deplorar todos los estravíos de la humana razon, y dar lágrimas á todos los infortunios.

Señores, en este recinto en que se vive de recuerdos, en que ningun prisma descompone los rayos de la verdad, deber es que resplandezca cándida y hermosa. Á depurarla, á librarla de fábulas en puntos históricos está llamada la Académia; á esto tiene que consagrar su existencia el nuevo Académico, ya dirija sus estudios á las artes, ya á los demás ramos del saber, unidos todos, como decia Ciceron, por un vínculo comun y por un grado muy cercano de parentesco. Encontrará altos ejemplos que imitar en los individuos que nos precedieron y que dejaron inmortal memoria. Vargas Ponce, Jovellanos, Campomanes, Muso, Lista, La Canal no nos han abandonado del todo. Aún creemos verlos entre nosotros, aún nos imaginamos que su sombra amiga nos aplaude cuando acertamos, y se enoja cuando nos ve distantes del punto luminoso.

Tres veces, Señores, he tenido la honra de presentaros beneméritos individuos que con su aplicacion y su ciencia han justificado el acierto con que la Academia los hubo elegido. Hoy por cuarta vez lleno tan grato deber.

Mucho puede esperar la Académia del Sr. Madrazo, su ilustracion nos es conocida, su aplicacion es notoria, y su modestia le ha dicho ya que aquí venimos todos á aprender, porque son muy largos los caminos de la ciencia.